BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

LOS DOS CEREBROS DE SULLIVAN

KEITH LUGER

CIENCIA FICCION



BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

LOS DOS CEREBROS DE SULLIVAN

KEITH LUGER

CIENCIA FICCION



KEITH LUGER

LOS DOS CEREBROS DE SULLIVAN

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 85

Publicación semanal

Aparece los VIERNES

BARCELONA – BOGOTÁ - BUENOS AIRES – CARACAS - MÉXICO

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Depósito Legal: B. 214-1972

Impreso en España-Printed in Spain

1a edición: marzo, 1972

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera** Mora la Nueva, 2 -Barcelona 1972

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

80. -Mundo olvidado. -*A. Thorkent.*

81. -Diario de un cosmonauta...- *Curtis Garland.*

82. -Marte año 5000. -*Glenn Parrish.*

83. -Los conquistadores de Ruder. -*A. Thorkent.*

84. -Y después... ¿qué? -*Curtis Garland.*

.

CAPITULO PRIMERO

-Voy a morir, Jack. Moriré antes de cuatro semanas.

-No digas eso, Glen. Operaré ese tumor maligno. Te lo quitaré.

-No hay remedio, Jack. Has sido mi ayudante los últimos dos años. Conozco bien tus posibilidades... Ni tú ni nadie puede extraerme ese tumor con buenas posibilidades para mí.

-Lo intentaré, Glen.

-No puedo permitírtelo, Jack. En el mejor de los casos, yo sería una momia viviente...

-Te podrías mover, podrías hablar...

-De acuerdo, Jack. Pero, ¿qué me dices de mis conocimientos?

Dime, ¿quién soy yo? ¡Contesta!

-El doctor Glen Sullivan.

-¿Edad?

-Veintiocho años.

-¿Cuál es mi especialidad, Jack?

-Neurología.

-¿Cuántos premios he conseguido por mis operaciones?

-Muchos, Glen. Una docena. Y muy pronto serás Premio Mundial de Medicina.

-No obtendré ese premio nunca si muero.

-No. morirás. Te juro que no morirás.

-Jack, he experimentado durante mucho tiempo con toda clase de cerebros. Y sé que no tengo escape. El tumor me ha afectado toda la zona sensitiva, el lóbulo temporal, el occipital, el parietal... No, no quiero convertirme en un muerto viviente. Pero hay una solución.

-¿Una solución, Glen?

-Un trasplante de la mitad de mi cerebro.

Jack Burton miró con sorpresa a su jefe, el doctor Glen Sullivan.

-No puedes estar hablando en serio, Glen. Hasta ahora todos los trasplantes de cerebro han sido nulos.

-Sí, Jack, pero se ha fracasado porque se ha querido transplantar todo un cerebro. Pero yo llevo muchos meses transplantando sólo una parte de él.

-Pero no has obtenido ningún éxito.

-Sé dónde están los fallos.

El doctor Sullivan cogió un cuaderno de la mesa.

-Aquí está todo, Jack. Si haces la operación siguiendo estas instrucciones, lograrás sustituir la mitad de mi, cerebro, la parte

dañada. Todo desde la cisura de Rolando.

-De acuerdo, doctor. Mi pregunta es la siguiente. ¿Qué clase de conocimientos serán los tuyos?

-Los míos, los del doctor Glen Sullivan.

-¿Estás seguro?

-¡Claro que estoy seguro!

-No puedes estarlo, Glen.

-Escúchame, Jack. Me he pasado casi diez anos estudiando el cerebro humano. ¿Cuántas veces quieres que te lo repita? Superará el trasplante mediante radiaciones electromagnéticas propias y las que tú provoques mientras esté en la mesa de operaciones. Cuando despierte, seré el mismo Glen Sullivan que tú conoces.

-Tengo mis dudas.

-Puedes tenerlas si quieres. Eres sólo un principiante, Jack. Yo sé perfectamente lo que digo.

Jack llevó aire a sus pulmones.

-¿Dónde está el cerebro de recambio?

-No lo tengo.

-¿Y de dónde lo vamos a sacar?

-Eso no debe tener ninguna dificultad para ti, Jack. Hay tres pueblos en un área de cincuenta millas... He leído los informes de la policía de la comarca. Semanalmente se producen unos seis muertos por accidente. Un tipo que se cae de un andamio, unos cuantos que mueren en la carretera por accidente automovilístico... No, no tendrás ninguna dificultad.

-Pero esas personas son llevadas al hospital de Santa María. Allí les hacen las autopsias.

-Y tú conoces a uno de los forenses. Al doctor Michel Keaton. Eres muy amigo suyo. No te costará mucho trabajo lograr ese cerebro.

-¿Y qué le voy a decir a Keaton?

-Que necesitamos el cerebro para nuestros experimentos.

-¿Y por qué no le digo la verdad?

-¡Te lo prohíbo terminantemente! ¡Nadie tiene que saber que yo soy operado! ¡Nadie! ¿Lo entiendes?

-¿Qué mal hay en que lo sepa, el doctor Keaton?

-Jack, métetelo en la cabeza. Esto va a ser un secreto entre los dos, entre tú y yo.

-¿Por qué no lo dices de una vez, doctor Sullivan?

-¿Qué es lo que tengo que decir?

-Que se trata de un experimento científico en el que tú serás el conejillo de indias, la cobaya.

Glen Sullivan era alto, rostro de facciones varoniles, ojos azules, brillantes, manos poderosas con dedos ágiles que habían hecho milagros en la medicina del cerebro. Sus atrevidas operaciones habían llenado de asombro a sus colegas en todo el mundo. Constantemente era requerido para asistir a Congresos de su especialidad en los que se debatían difíciles problemas.

-Puedes llamarlo como quieras, Jack. Pero tú lo vas a hacer. ¿Quieres que sea tu cobaya? De acuerdo, lo seré. -Hizo un gesto fiero mientras se apretaba la cabeza con las manos-. ¡No quiero morir!... ¡Quiero seguir viviendo! ¡Y para ello es necesario que me arranques el trozo podrido de cerebro!

-Si sale bien, serás un hombre con dos cerebros.

-Sería mejor que -dijeses la mitad de dos cerebros.

En aquel momento llamaron a la puerta. Un criado apareció.

-Doctor Sullivan, es la señorita Roberts.

-Que pase.

Poco después entró una joven rubia, hermosa, de rostro muy bello. Llevaba suéter y minifalda. Le habló a Jack.

-Doctor Burton, le voy a demandar por tenerme acaparado a mi prometido.

Jack, moreno, de rasgos faciales pronunciados, sonrió.

-Tu prometido es muy trabajador. No quiero ni acordarme de sus compromisos sociales.

La joven chasqueó la lengua y fue al lado de Glen Sullivan. Se puso de puntillas y se colgó de su cuello.

-¿No me vas a besar, amable doctor?

Sullivan la besó en los labios.

-¿Ya lo olvidaste, Glen?

-¿Qué cosa, Marcia?

-Tenemos que ir a la cena del doctor Holmes.

-¿Hoy?

-Claro que hoy. Te lo recordé por teléfono hace tres días.

-Lo siento, Marcia. Pero ya lo olvidé.

La joven dio un suspiro.

-Por fortuna, lo presumí, y decidí venir con tres horas de tiempo. ¿Lo has oído, Jack? Apuesto a que nunca has encontrado a una mujer como yo. Una prometida que tiene que presentarse en la casa de su novio con tres horas de antelación para conseguir que le acompañe a una fiesta.

Glen dijo con voz grave:

-No voy a ir a esa fiesta, Marcia.

La joven quedó asombrada.

-¿No vas a ir?

ˆ-Tengo un trabajo urgente.

-Suspenderás ese trabajo. Hasta a un doctor famoso le conviene un rato de distracción, ¿no es verdad, Jack?.

-Sí, creo que sí.

-Ya has oído a tu ayudante, gran hombre.

-Está bien, iré.

-Bravo -dijo Marcia, y se puso a aplaudir.

-Voy a vestirme, Jack. ¿Vienes conmigo un momento?

-¿No quieres que le haga los honores a Marcia mientras te cambias?

-Tengo que decirte un par de. cosas con respecto a la cobaya de que estábamos hablando.

-Perdona, Marcia.

-No te preocupes, Jack. Yo me entretendré leyendo un poco. Caramba, si tengo aquí el diario de mi prometido. Conoceré unas cuantas de tus indiscreciones, Glen. Hasta es posible que encuentre el número telefónico de una mujer.

Había cogido el cuaderno en que Glen había escrito el experimento que Jack debía realizar con su cerebro enfermo.

Glen dio dos pasos hacia la joven y le arrebató el cuaderno.

Marcia se quedó sin habla, y Jack tampoco dijo nada.

-Perdona, Marcia, pero aquí sólo tengo apuntados mis experimentos... Los últimos que he realizado. Y todavía no quiero darlos a la publicidad.

-No tiene importancia -dijo Marcia con voz fría.

Glen echó a andar.

-¿Vienes, Jack?

-Desde luego.

Jack Burton se encogió de hombros y siguió a su jefe.

Ninguno habló hasta encontrarse en la alcoba de Sullivan.

-Glen, ¿es que tampoco se lo vas a decir a ella?

-No.

-Va a ser tu esposa.

-Lo será, pero no sabrá nada.

-¡Tiene derecho a saberlo!

-Jack, yo soy el que da las órdenes aquí. Y si no estás conforme, prescindiré de ti. Hay una docena de doctores que están deseando ocupar tu puesto.

Jack Burton sacudió la cabeza en sentido afirmativo.

-Se hará como tú quieras, Glen.

-Así está mucho mejor. Creo que, si yo estuviese en tu lugar, iría a hacer una visita al doctor Keaton.

-Sí, Glen. Le visitaré esta noche.

-No olvides nada. Tienes que hacer el transplante en las condiciones que ya conoces.

-Puedes estar tranquilo. Lo difícil para mí era aceptar tu propuesta. Y ya está aceptada. Te traeré el cerebro, aunque no puedo responder del resultado de la operación.

Glen sonrió mientras le pegaba una palmada, y señaló el cuaderno que había dejado sobre la cama.

-El resultado será bueno porque en esas páginas está absolutamente todo lo que tienes que hacer. Anda, vete a hacer compañía a Marcia mientras me visto.

Jack se dirigió hacia la puerta. Pero antes de salir, se volvió y dijo:

-¿Quién será el hombre que te va a proporcionar la mitad de su cerebro, Glen?

CAPITULO II

Mel Kramer tenía una pistola en la mano.

Apuntaba con ella a tres hombres que estaban contra la pared.

Se encontraban en una cochera.

Mel Kramer sonrió con los dientes apretados.

-Sois basura.

Tenía veintiocho años y era alto, moreno, de rostro bronceado. Poseía unos ojos negros y brillantes, en los que ahora relampagueaba el deseo de matar.

-Cuidado, Kramer -dijo uno de los tres tipos que estaban amenazados, un hombre gordo.

-¿Con qué he de tener miedo, basura?

-No estamos solos.

-Ah, no, ya sé que tenéis encima mucha miseria. -Tranquilícese, Kramer. Podemos llegar a un acuerdo.

-¿Qué clase de acuerdo?

-Nuestro jefe sabe pagar bien los servicios.

-¿Crees que yo me iba a dejar comprar, basura?

-Usted es como todos. Necesita comer.

-Sí, necesito comer y a veces me ha faltado un dólar para comprarme un *sandwich.*

-Con nuestro jefe tendrá siempre dinero. Y no precisamente para comprarse perros calientes. Comerá de lo mejor y hasta podrá brindar con champán.

-¿Con una rubia?

-Con una rubia o con una pelirroja. Como usted las prefiera. Y si le gusta por parejas, también las tendrá.

-Es una oferta tentadora.

-Sabía que le gustaría, Kramer.

-No me gusta, basura.

-Oiga, nuestro jefe es un tipo importante.

-He tratado de darle caza hace mucho tiempo. Y ahora lo voy a encontrar porque tú me vas a decir quién es.

-Ya le he dicho que él podrá contratarlo. Y ya no tendrá que esperar a un cliente en su oficina de investigador privado. Ahora su mejor cliente será nuestro jefe.

-Escúchame, basura. Me puse en marcha en este asunto porque tu jefe estranguló a una mujer. Lo hizo con sus propias manos. He tardado mucho tiempo en llegar hasta vosotros, pero ahora sé que estoy llegando al final del camino. Vosotros le llevasteis la chica a vuestro jefe...

-Ella fue una estúpida por no portarse bien.

-Ya te comprendo, basura. La chica debió sentirse halagada. Sí, señor, debió sentirse muy feliz cuando tu jefe la acarició con sus pezuñas. Pero esa chica era una niña. Ni siquiera tenía dieciséis años. Era tan sólo una chiquilla que empezaba a vivir. Encontraron su cadáver en el río... Habían abusado de ella, la habían golpeado y antes de matarla la habían llenado de alcohol. Lo sé todo, basura. El forense me dio un buen informe.

-¿Cuánto le pagan, Kramer?

-Nada.

-¿Quién es su cliente?

-Nadie.

-No puede ser.

-Bueno, te voy a rectificar algo. Mi cliente es esa muchacha. Un cadáver.

-No puede estar hablando en serio, Kramer.

-Tú no lo comprenderías nunca.- No voy a recibir ni un centavo por este trabajo, y sólo tengo cinco dólares en el bolsillo. Hago esto porque se me revolvieron las tripas cuando vi a la muchacha en la Morgue. Ella y yo nos habíamos visto una docena de veces. Era una muchacha simpática.

-Era una *hippie.*

-¿Qué entendéis vosotros por *hippie,* basura?

-Ella era una cualquiera.

-Esa declaración te vale una bala extra en los dientes. Ella demostró claramente que no era una cualquiera. Si lo hubiese sido, habría aceptado sobre su delicada piel las pezuñas de tu puerco jefe. Pero la chica no pertenecía a esa clase. Era *hippie* porque le gustaba la paz, porque para ella todos los hombres y las mujeres somos hermanos... -Mel Kramer hizo una mueca de sarcasmo-. Sí, gordinflón, ella también os. consideró como hermanos a vosotros. Esa fue su ingenuidad. Y ahora ya basta de diálogo. Me vais a decir el nombre.

-Oiga, Kramer, no se ponga nervioso. Todo se va a arreglar. Le juro que se va a arreglar, y será de la mejor forma para usted.

-Voy a contar hasta diez, y si para entonces no me has dicho el nombre, te la ganas.

-Un momento, Kramer. Ponga su precio.

-No hay precio.

-Todo hombre lo tiene.

-Yo, no.

-Usted no puede ser una excepción. ¿Qué quiere? ¿Cinco mil dólares al contado?

-No.

-¿Diez mil?

-No.

-De acuerdo. Hablaré con el jefe y él le dará veinte mil por una sola vez. Es más de lo que usted ganaría trabajando para uno de sus clientes.

Kramer apretó los maxilares.

Se abalanzó sobre el hombre que le estaba hablando y le pegó con el cañón de la pistola en el maxilar.

Los compañeros del gordinflón habían esperado aquel momento, que Kramer cometiese un fallo. Ya lo. había cometido. Tiraron de la pistola que tenían bajo la axila.

Kramer comprendió lo que iba a pasar. Lo iban a freír a plomazo limpio. Su pistola saltó en la mano. Mandó balas para aquellos dos

hombres, que chillaron mientras iniciaban una danza macabra.

El gordinflón dirigió su pistola hacia Kramer, pero éste le sacó ventaja y por dos veces más apretó el gatillo.

El gordinflón recibió un balazo en el estómago y otro en el pecho. No pudo usar su arma, que le cayó de la mano.

Luego, el gordinflón se desplomó.

Kramer acudió a su lado.

-El nombre de tu jefe, basura.

-Un doctor.

-Tendrás el doctor cuando me digas el nombre de tu jefe.

-Me moriré si no me lleva en seguida al quirófano.

-Tendrás el doctor y el quirófano cuando me digas lo que quiero saber.

-Por favor, me estoy desangrando.

-¿Quién mató a la chica? ¿Quién abusó de ella?

-Harry... Dixon.

-¿Quién es Harry Dixon?

-Me estoy muriendo.

-¿Quién es Harry Dixon?

En aquel momento se abrió bruscamente la puerta de la cochera.

Kramer se volvió con la pistola. Pero esta vez no la usó porque vio entrar al teniente de la Brigada de Homicidios Robert Bruce, y con él estaban el sargento William Holmes y dos agentes.

Todos ellos tenían la pistola en la mano.

-¡Quieto, Kramer! -gritó el sargento Holmes-. Esta vez lo pillamos con las manos en la masa. Baje la pistola o me lo cargo.

-¿Usted y cuántos más, sargento? Trate de mandarme una bala y le juro que le parto la cara con uno de mis plomos.

El teniente Bruce exclamó:

-Sargento, si dispara yo me ocuparé de usted...

-¿Es que lo va a defender?

-No, no lo voy a defender. Pero aquí no se va a disparar un solo tiro. ¿Lo oye, Kramer?

Kramer hizo un gesto afirmativo y dejó colgar el brazo, apuntando con el arma al suelo.

El teniente y los policías avanzaron hacia el fondo de la cochera.

Entonces Kramer se dio cuenta de que el gordinflón ya había muerto, aunque sus ojos seguían abiertos. No, no había necesitado ni el doctor ni el quirófano, pero eso él ya lo sabía cuando trataba de sacarle el nombre de su jefe.

El teniente Bruce dio un suspiro.

-Kramer, esta vez no se va a librar. Se acabó su trabajo como investigador privado. Ahora tendrá que cambiar su vestimenta por la de presidiario.

Kramer rió.

-No, teniente. Fue en defensa propia. Estos tres tipos están fichados por ustedes. Son asesinos a sueldo, pistoleros, gentuza. ¿Me equivoco, sargento?

El sargento Holmes estaba observando los cadáveres y se volvió hacia el teniente.

-Tiene razón. Estaban fichados. El gordito es Rock Ryan, y los otros dos, Douglas Wellman y Orson Parker. Tienen un buen prontuario.

El teniente Bruce miró otra vez el rostro de Kramer.

-¿Cree que ha ganado, investigador?

-Sí.

-¿Qué nombre le dijo Rock Ryan antes de morir?

-No recuerdo que me dijese ningún nombre.

-Usted iba tras ellos para encontrar al asesino de Judy Randall.

-Se equivoca, teniente. Iba detrás de ellos sólo por diversión. Se acabó la temporada de caza en el monte, y decidí cobrar unas cuantas piezas en la jungla de asfalto.

El teniente Bruce se puso lívido.

-Kramer, ¿quién es el fulano que mató a la chica?

-No lo sé.

-¡Usted lo sabe bien! Estoy seguro de que Ryan se lo dijo. Pero quiere ajustarle las cuentas sin que la policía intervenga. Usted es un maldito justiciero.

-No tengo nada que decir.

-¡Pero me va a escuchar!

-Si es gratis...

-¡No me excite más de lo que estoy, Kramer! Usted se ha nombrado a sí mismo investigador, juez, jurado y verdugo. En un año ha ajusticiado en esta ciudad a una docena de tipos.

-¿Merecía alguno de ellos vivir?

-¡No es usted el que debe decidir eso, Kramer!

-Lo siento, teniente, pero si no estoy detenido, me gustaría marcharme.

-¿A continuar la caza?

-No, esta vez me tomaré un descanso con una nena que tiene ganas de verme.

-¿A quién quiere engañar, Kramer? Usted va en busca de ese hombre, del jefe de esos tipos.

Mel Kramer bostezó.

-Perdone, teniente, pero cuando hago mucho ejercicio, me da sueño.

-De acuerdo, Kramer. ¡Puede largarse!

-Gracias.

-No me dé las gracias. Usted acabará mal. Ha tenido mucha suerte hasta ahora. Admito que todas las personas que ha matado son gentuza, tipos de los bajos fondos... Pero no puede durar mucho. No, no puede durar si sigue pensando de la forma que lo hace... Usted también acabará en la Morgue. Sé que cualquier día me pueden llamar para identificar su cadáver.

-Procuraré que sea lo más tarde posible.

-¡Fuera!

-Hasta la vista, teniente.

Mel Kramer hizo un saludo con la pistola y, después de meterla en la funda, salid de la cochera.

Montó en su automóvil deportivo y se marchó de allí zumbando.

Fue a un bar de una calle con palmeras, entró en la cabina telefónica y marcó un número.

-Hola, Lou. El gordinflón de Rock Ryan me dio un nombre, Harry Dixon. Te llamo para saber quién es.

El hombre que había en la otra parte del cable dijo:

-Será mejor que lo dejes correr, Kramer.

-No, Lou. Dame esa dirección.

-El pez es demasiado gordo.

-Los peces gordos también mueren. Hoy ni siquiera ellos pueden parar una bala.

-Allá tú, muchacho. Pero no creo que lo consigas.

-Suéltalo de una vez y déjate de monsergas, Lou.

-Encontrarás a Harry Dixon en Power City.

-¿Dónde está eso?

-En el desierto.

-No me gastes bromas.

-Muchacho, Power City es el castillo de Harry Dixon. Y he usado la palabra en su verdadero valor. Es un castillo y nadie puede entrar allí. Está guardado por medio centenar de hombres. Y el castillo cuenta con los medios más modernos para impedir la entrada de un intruso. Circuito cerrado de televisión, cámaras en todas partes, células fotoeléctricas para abrir y cerrar las puertas, armas que son manejadas por un computador electrónico...

-¿Quién es Harry Dixon para tener esas cosas?

-El Zar.

-¿El Zar?

-Sí, el Zar del vicio y de la corrupción en todo el mundo.

-¿Me estás contando una de miedo, Lou?

-No, muchacho, te estoy contando la verdad. Durante la última década estalló una guerra civil en el mundo del hampa, una guerra civil a su nivel más alto. Tres jerifaltes lucharon por el poder. Y sólo uno de ellos sobrevivió, Harry Dixon.

-Gracias, Lou.

Mel Kramer colgó.

Poco después ya estaba corriendo por la autopista del Este, la que conducía al desierto.

Empezó a llover, pero no disminuyó la velocidad. La aguja subió a las ochenta millas y seguía subiendo.

Pasaba a todos los coches.

Se metió en la curva a noventa millas por hora.

El coche derrapó...

Kramer se dio cuenta de que había llegado su final. Se dio cuenta demasiado tarde.

El coche saltó por el aire y chocó contra la roca.

El volante se le incrustó en el pecho.

Oyó los chirridos del metal al partirse, mezclados con los crujidos de sus costillas que se fracturaban.

-Harry Dixon... -dijo-. Harry Dixon.

Y lo último en que pensó fue en una de las frases de Lou:

«No, nunca llegarás.»

CAPITULO III

-¿Quién es el muerto?

-Un investigador privado, según dice su credencial. Se llamaba Mel Kramer.

Jack Burton observó el cuerpo de la víctima en el quirófano. Había actuado como ayudante de Keaton en el intento por salvar la vida de aquel joven, que debía tener una edad muy aproximada a la de Glen Sullivan.

-No tiene salvación -dijo Keaton-. Se va a morir en unos minutos.

-¿Sabes algo de él, Keaton?

-Sólo lo que leí en su credencial, y que sufrió el accidente en la autopista.

-Parece fuerte.

-Sus músculos ya no le servirán para nada.

-Pero su cerebro, sí.

-No podré dártelo para tus experimentos, Jack. El cuerpo puede ser reclamado.

-Pero no viajaba nadie con él.

-Iba solo. Pero ya sabes cómo son estas cosas. Puede aparecer un familiar en cualquier momento.

-Si lo dejamos morir, su cerebro no servirá parí nadie.

-No estoy autorizado para consentir que conserves su cerebro en unas condiciones óptimas.

-Tienes que hacerlo esta vez, Keaton.

-Oye, me dijiste que querías un cerebro. Y yo te prometí que te lo daría. Pero seré yo quien elija.

Jack recordaba la conversación que había sostenido aquella mañana con su jefe Glen Sullivan:

«-Jack, estoy empeorando. Me acabo de hacer un encefalograma. Puedes observarlo. No sé lo que ha podido ocurrir en la parte podrida de mi cerebro, pero el tumor se está apoderando de partes que hasta ahora estaban intactas. Las jaquecas son cada vez más frecuentes. La noche pasada creí que me volvía loco. Tiene que ser hoy. ¿Lo oyes? ¡Hoy!»

Y él le había contestado:

«-No te puedo asegurar que pueda ser hoy.»

Y Glen le había gritado con todas las fuerzas de sus pulmones:

«-Jack, no se puede demorar la operación. Creí que contábamos con tiempo, pero estamos quemando las últimas horas. ¿Me oyes? Sé perfectamente que en un día o en dos el transplante sería un fracaso. ¡Tienes que hacerlo inmediatamente!»

Eso era lo que le había dicho Glen Sullivan. Que su vida se estaba acabando. Y justamente aquel investigador privado que se llamaba Mel Kramer era el hombre ideal. Había sufrido un espantoso accidente. Su tórax había quedado destrozado, pero su cerebro estaba intacto. Todavía lo estaba. Pero quizá unos minutos más tarde no podría decir lo mismo.

Michel Keaton dio un suspiro resignado.

-Tengo que hacer una visita urgente, Jack.

-Yo me quedo si no te importa.

-Desde luego, Jack. Volveré dentro de una hora.

-Hasta luego...

Keaton, que tenía cincuenta años y era un hombre amable, se

marchó, y Jack Burton quedó a solas en el quirófano con el moribundo.

Sabía lo que tenía que hacer ahora. Ordenar a las enfermeras que llevasen a Mel Kramer a una de las habitaciones del hospital.

Pero no dio ninguna orden en ese sentido. Habló con la señorita Custer, la jefa de enfermeras, con la que tenía una gran amistad.

-Enma, prepárese. Vamos a extraer el cerebro de la cabeza del paciente.

Jack le había puesto al corriente porque sabía que podía contar con Enma, y Keaton, al marcharse, le había dado la posibilidad en bandeja de plata.

* * *

Glen Sullivan se apretaba la cabeza con las manos. -¡Me voy a volver loco!... ¡No puedo más!... Sonó el teléfono. Hizo un esfuerzo y descolgó. -¿Quién es?

-¿Qué te pasa, Glen? -oyó la voz de Marcia Roberts.

-Nada.

-Pues cualquiera diría que te están matando.

Glen sonrió con amargura. Sí, lo estaban matando. Su tumor se estaba apoderando de la zona sensitiva de su cerebro. Le costaba cada vez más trabajo coordinar las ideas. Tan sólo una media hora antes había tratado de recordar sus experimentos de transplante, pero los había olvidado en un setenta por ciento. Por fortuna, conservaba el cuaderno, aquel cuaderno de tapas negras que Jack Burton usaría. ¿O Jack no tendría tiempo para usarlo?

-Glen, estás trabajando demasiado últimamente.

-No te preocupes, querida. Puedo sobrellevarlo.

-¿Sabes que faltan dos semanas para nuestra boda?

-¿Crees que lo puedo olvidar? -mintió Glen, porque eso también lo

había olvidado.

-Querido, ¿por qué no vienes a casa esta noche?

-Me es imposible.

Marcia dio un suspiro.

-Esperaba de ti esa respuesta. Pero tuve la esperanza de equivocarme.

-Lo siento, Marcia, pero me comprometí a hacer un trabajo para un Congreso que se celebrará dentro de unos días.

-Eh, Glen, procura que tu participación en el Congreso no coincida con nuestra boda.

-¿No crees que sería bueno? El Congreso se celebrará en Miami.

-Oh, no, Glen. Quiero que me dediques todo el tiempo a mí y no a tu...

-¿Maldita medicina?

-Sí, es justamente lo que iba a decir.

-No te preocupes. Lo arreglaré. Hasta mañana, Marcia.

-Que te mejores, Glen.

Sullivan colgó y de nuevo se llevó las manos a la cabeza y soltó un quejido porque su dolor era intenso.

Su maldita medicina. Eso había dicho ella. No, Marcia no podía saber lo que le estaba pasando. ¿Por qué no venía ya Jack con el cerebro? Tenía que llamar al hospital de Santa María.

Respiró fatigosamente mientras marcaba el número.

-Señorita, soy el doctor Glen Sullivan. Por favor, quiero hablar con el doctor Jack Burton. Es urgente.

-Espere un momento.

Pasaron tres minutos antes de que volviese a **oír** la voz de la joven.

-Lo siento, doctor Sullivan, pero el doctor Burton no se encuentra

en el hospital. Salió.

-¿A dónde?

-No lo dijo.

-¿Cuánto tiempo hace que salió?

-Más o menos una hora.

-Gracias, señorita.

Volvió a colgar.

Sacó nerviosamente el paquete de cigarrillos del bolsillo de la bata y encendió un cigarrillo con mano temblorosa.

Se levantó del sillón y se puso a pasear.

Pero en un momento determinado arrojó el cigarrillo al suelo y lanzó un alarido.

-¡Mi cabeza!... ¡Mi cabeza va a estallar! Cayó, de rodillas en la alfombra. Ya no había salvación. No, ya no la había. Su pobre cerebro iba a ser totalmente destruido.

La puerta se abrió de golpe y entró Jack Burton.

-¿Qué te pasa, Glen?

Glen, de rodillas, se apartó las manos de la cara y miró a Burton.

-He llegado al final, Jack.

-No, Glen. Tengo el cerebro.

El rostro de Glen Sullivan se iluminó.

-¿Dónde está?

-Lo dejé en el quirófano. Entré por la puerta trasera.

-¿Cómo lo has traído?

-En las condiciones que tú querías.

Glen se levantó de un salto.

-¡Jack, hay que darse prisa!

Salieron del despacho y se dirigieron al laboratorio.

-Glen -dijo Jack-, estoy corriendo un gran riesgo. Keaton no me autorizó a llevarme el cerebro. Lo hice aprovechando su ausencia. Pero si el cadáver es reclamado, tendremos líos.

-No te preocupes. Lo arreglaré.

-Podrás arreglarlo si el transplante es un éxito.

-Será un éxito, Jack.

-No creo que estés en condiciones de sufrir la operación.

-Son suposiciones tuyas. Me encuentro bien.

Entraron en el laboratorio y Glen vio el cerebro que estaba en aquel frasco de cristal lleno de un líquido, una solución que él había creado, y con los dos cables, uno en la parte anterior y otro en la posterior, que comunicaban con una batería, y era ésta la que le mandaba los impulsos electromagnéticos. Nadie antes que él, en toda la historia de la medicina, había logrado aquello, que se consideraba como un milagro. Un cerebro que se conservaba intacto, como si funcionase en la cabeza del hombre al que había pertenecido.

-¿Quién es él, Jack?

-Mel Kramer, y era un investigador privado.

-¿Inteligente?

-No sé nada de Mel Kramer. No tuve tiempo para saberlo.

-Está bien, Jack. No perdamos el tiempo. Vamos allá.

-Primero tengo que hacerte las pruebas.

-¡No hay tiempo para las pruebas!

-Glen, te puede fallar el corazón y entonces todo habrá fracasado. ¿O es que también me vas a pedir un corazón de repuesto?

-Escúchame bien, Jack. ¡Deja ya tus prejuicios!

-No son prejuicios. ¡No haré esa operación si no te sometes a las

pruebas.

-Supón que son negativas.

-Dejaremos la operación para mañana.

Glen cogió a Jack por las solapas de la chaqueta y tiró de él con fuerza. Sus caras quedaron muy juntas.

-Jack, si no me haces el transplante ahora mismo, para mí no habrá mañana.

Permanecieron un rato mirándose fijamente.

Por fin, Jack dijo:

-De acuerdo, Glen. Tú ganas.

Sullivan sonrió y le dio una palmada en el brazo.

-Adelante, gran cirujano.

Glen empezó a quitarse la bata y la camisa.

Glen Sullivan estaba tendido en la mesa del quirófano.

Jack Burton ya había terminado de hacer el transplante.

Ahora, en el frasco de vidrio estaba la mitad de cerebro de Glen Sullivan con el tumor, junto a la otra mitad del cerebro de Mel Kramer, la parte que Jack Burton no había utilizado. Y los dos trozos de los cerebros estaban muertos. Definitivamente muertos.

El problema era si las dos mitades de los cerebros que Glen Sullivan tenía ahora bajo su cráneo podrían subsistir.

Las señales eran débiles.

Jack había tenido que realizar el transplante sin la colaboración de una enfermera. Por fortuna, Glen lo había tenido en cuenta en las notas de su cuaderno. Sí, Glen Sullivan había planeado aquello como una operación de comando o de asalto a una posición enemiga con la máxima precisión, sin dejar posibilidad al menor fallo.

Y allí estaba Glen Sullivan ahora, su vida pendiente de un hilo.

Había llegado el momento más dramático. Tenía que interrumpir el

alimento artificial del cerebro, así como cortar el suministro de ondas electromagnéticas. El nuevo cerebro de Glen Sullivan tendría que valerse por sí mismo, como otro normal.

Jack Burton se enjugó el sudor de la frente y el de las palmas de las manos.

Se decidió a quitar los tubos.

Ya estaba hecho.

Se asustó al ver que las señales se hacían más débiles.

¡Glen Sullivan se estaba muriendo!

Cerró los ojos con fuerza y apretó los puños. De nada había valido, absolutamente de nada. Glen Sullivan, el mejor cirujano neurólogo que había tenido el mundo, iba a morir.

De pronto, oyó un golpeteo.

Abrió los ojos y empezó a sonreír porque el peligro había cesado.

-¡Vas a vivir, Glen!... ¡Vas a vivir!

CAPITULO IV

Jack Burton vio que Glen Sullivan volvía en sí.

-¿Me oyes, Glen?

Era un momento emocionante para Burton. El más emocionante después de haber obtenido el éxito del transplante.

No sabía cómo reaccionaría Sullivan. Ignoraba aquella parte del experimento y estaba seguro de que también Glen lo ignoraba.

Su jefe había hecho experimentos con animales y todos habían dado un buen resultado. Pero un mono, un conejo, no podían hablar, ni tampoco podrían expresar sus pensamientos de cualquier otra forma.

-Glen, ¿me oyes? Soy Jack.

Sullivan tenía los ojos abiertos. Y Jack sintió un escalofrío porque tuvo la impresión de que aquellos ojos no eran los de Glen, pero él no había tocado sus ojos.

-Glen -lo llamó otra vez.

-Hola, muchacho.

Le había llamado muchacho. Y Glen nunca lo había llamado así. Siempre le había dicho Jack.

-Glen, ¿te encuentras bien?

-Sí.

-¿Quién te está hablando?

-¿Quién va a ser? Tú, Jack.

-Demonios, lo has hecho largo y con «suspense!

Glen cerró los ojos y los volvió a abrir.

-¿Cómo fue todo, Jack?

-Bien. Aunque hubo un momento de crisis.

-¿Cuándo?

-Al final. Hubiese apostado que no volvería a hablar contigo. Que te quedarías en la mesa de operaciones. Pero tu corazón reaccionó favorablemente.

Glen se echó a reír. Y Jack arrugó el ceño porque Glen parecía reír de distinta forma a como reía antes Había una mueca, algo siniestro en esa risa.

-Glen, tengo que examinarte.

-Al diablo con esto.

-¿Por qué empleas esas palabras?

-No sé.

Ahora los dos se miraron y Jack dijo:

-Tú sabes por qué y yo también lo sé, Glen. Tienes la mitad del

cerebro de otro hombre. Es ese otro el que habla y no tú.

-¡Déjate de pamplinas! ¡Soy Glen Sullivan!

-Pero tienes la mitad del cerebro de Mel Kramer.

-¡No hace falta que me lo recuerdes!

-Insisto en examinarte.

-De acuerdo. Adelante, Jack.

-Naturalmente, te voy a examinar como Glen Sullivan. -Jack hizo una pausa-. Háblame del oxígeno y de la glucosa en el cerebro.

-Lo haces demasiado sencillo.

-Contesta.

-El consumo de oxígeno, produce la oxidación del azúcar simple o glucosa llevado al cerebro por la corriente sanguínea.

-¿Qué pasa si existe una aportación defectuosa del oxígeno o de la glucosa?

-El cerebro se puede dañar con más facilidad que cualquier otro tejido a consecuencia de esa disminución.

-¿Dónde se produce el líquido cefalorraquídeo?

-Qué tontería. Un estudiante de primero de medicina lo sabe.

-Dilo tú.

-¡Maldita sea, se produce en los ventrículos cerebrales!

Jack sacudió la cabeza.

-Enhorabuena.

-¿He pasado bien el examen, profesor?

-Sólo fue el comienzo. Te seguiré haciendo preguntas.

-No.

-¿Por qué no, Glen?

-Estoy hasta las narices de esta condenada cama.

-Glen, ¿qué expresión es ésa?

-La que me da la gana... Oh, perdona, Jack.

-Sigues hablando como Mel Kramer.

-¡Estoy hablando como Glen Sullivan!

-Tú nunca lo hiciste así.

-Oye, muchachito, ¿crees que ese investigador privado podría saber algo acerca del cerebro? ¿Quieres que te hable de las vellosidades aracnoideas? ¿O prefiere la hidrocefalia? ¿La punción lumbar?

-¿Quién era Luigi Rolando?

-Un anatomista italiano del siglo dieciocho. El primero que descubrió con detalle el suero que separa las dos partes del cerebro. Y justamente tú has hecho mi operación por la cisura de Rolando.

-Te has recuperado muy bien, teniendo en cuenta que sólo han pasado doce horas.

-Oye, me he pasado muchos años preparando el nuevo transplante. Y lo que me interesaba más era la recuperación, porque en las primeras horas se podría producir el rechace. ¿No leíste mi cuaderno?

-Lo leí todo.

-Entonces, no hagas preguntas si ya conoces las respuestas.

-De acuerdo, Glen. Duerme.

-No, no puedo. Me voy a levantar.

-No puedes levantarte todavía. Te daré un sedante.

-¡Fuera sedantes!

-Glen, sigues hablando de una forma extraña.

-Correcto. Hablo de una forma muy extraña, pero eso tenías que esperarlo.

Glen Sullivan puso los pies en el suelo. Llevaba un pijama.

Se levantó y caminó hacia un espejo que había ante un lavabo. Vio reflejada su propia imagen y se tocó el cabello.

-Tengo que felicitarte, Jack. Lo has hecho muy bien. Maravillosamente bien. Apenas se nota que me hayas hecho un transplante de cerebro. Sólo hay una pequeña línea roja que desaparecerá.

-El mérito es tuyo. Las notas de tu cuaderno eran como has dicho. Muy concretas. Estaba detallado hasta el más insignificante proceso, incluida la conservación del cuero cabelludo.

Sullivan sonrió al espejo.

-Glen, acabas de nacer.

Jack dijo, con voz ronca:

-Y si acabas de nacer, podías ponerte otro nombre.

-¿Cuál, por ejemplo?

-Mel Kramer.

La cara de Glen se crispó.

-No digas eso, Jack ¡No lo digas! ¡Soy el doctor Glen Sullivan! ¡No sé nada de Mel Kramer!

-Yo diría que sabes algo y que no lo quieres decir.

-¡Basta!

-Como tú quieras, Glen.

Sullivan se despojó del pijama. Se acercó a un armario y tiró de un cajón, del que sacó una camisa. Se puso ésta, y pasaba los botones cuando Jack dijo:

-Llamó ella.

-¿Judy? -Glen estaba como distraído, pero ahora se dio cuenta del nombre que había pronunciado.

Jack lo estaba observando atentamente.

-¿Quién es Judy, Glen?

-No sé. Lo he dicho sin querer.

-Te informé que había llamado ella.

-Era una trampa, ¿eh? Una trampa tuya para saber cómo respondía.

-¿Quién es ella? ¿A quién me refería yo, Glen?

-A Marcia Roberts.

-¿Y qué es Marcia para ti?

-Mi prometida, y nos vamos a casar dentro de do semanas. ¿Algo más?

-Sí, algo más. ¿Quién es Judy?

-¡No sé quién es Judy! He conocido a muchas Judy en mi vida.

-¿Y a cuál de ellas te referías?

-¡No lo sé, maldita sea!... Oh, sí, espera. Conocí a una Judy, una enfermera que estuvo conmigo en un hospital de Nueva York. Salí con ella muchas veces Hasta llegué a pensar que estuviese enamorado.

-¡Estás mintiendo, Glen!

-¡Jack, no te consiento eso! ¿Quieres dejarme en paz? ¡Lárgate! ¿Me oyes? ¡Lárgate de una vez!

Jack Burton salió de la habitación.

Glen estaba todavía enfurecido. Terminó de pasar los botones de la camisa. Se acercó al espejo y observó su imagen.

-¿Quién eres tú, Judy? -dijo.

* * *

Unas manos tiraron de un cajón de la Morgue. Dentro había un cuerpo desnudo.

-¿Lo conoce, teniente Bruce?

-Sí, doctor. Es Mel Kramer.

-¿Sabe si tiene familiares?

-No, no conozco ninguno.

-Entonces, tendremos que proceder a la exhumación en este condado.

-Sí, tendrá que ser por cuenta de ustedes.

-Gracias, teniente.

-No hay de qué.

El teniente Robert Bruce se despidió del doctor Michel Keaton y salió de la Morgue.

En la puerta le estaba esperando el sargento Holmes.

-¿Es él, teniente?

-Es Kramer.

-Sabía que acabaría mal.

-Yo también lo sabía, sargento. Pero pensé que sería una bala quien lo tumbase, y lo que más me duele es que Mel Kramer ha muerto cuando se dirigía al encuentro del hombre que asesinó a Judy Randall... Sargento, Mel Kramer se llevó su secreto a la tumba.

CAPITULO V

Jack abrió la puerta de la casa.

La visitante era Marcia Roberts.

-¿Qué haces aquí, Marcia?

-Estaba intranquila por Glen. Le he llamado tres veces por teléfono esta mañana y no ha contestado. ¿Por qué?

Jack se mojó los labios con la lengua.

-Está preparando esa conferencia para el Congreso.

-¿Y no puede tener un minuto libre para su prometida?

-Perdona, Marcia, pero Glen está atravesando una pequeña crisis.

-¿Y a qué se debe la crisis?

-Ha trabajado excesivamente durante las últimas semanas.

-Quiero hablar con él. ¿Dónde está?

-Sería mejor que te marchases, Marcia.

-¡No me iré sin hablar con Glen!

Marcia se dirigió resueltamente hacia el salón-biblioteca de Sullivan.

Jack corrió detrás de ella y la cogió por el brazo.

-¡Espera, Marcia!

Ella dio un tirón y se desasió.

Abrió la puerta del salón-biblioteca sin llamar.

Glen Sullivan estaba sentado en un sillón, con u vaso de whisky en la mano, en mangas de camisa.

-Hola, Glen.

¡Sullivan enfocó la imagen.

-Caramba, pero si es mi nena rubia.

Marcia hizo un gesto de asombro.

-No sabía que bebieses, Glen.

El levantó su vaso.

-Whisky, Marcia. Bebo whisky. Es muy bueno.

-¿Desde cuándo lo es para ti?

Glen se levantó y se echó a reír.

-Soy un gran bebedor de whisky. Lo he sido siempre. ¿Y sabes dónde guardo la botella? Ahí, en el archivador. -Estaba señalando la pared, donde no había ningún archivador, sino una librería donde se apilaban los tratados de medicina.

-Estás borracho, Glen.

-No, querida. No estoy borracho. Mel Kramer es un tipo... -Glen se interrumpió.

-¿Mel Kramer? ¿Quién es Mel Kramer?

-Un amigo mío.

-Es la primera vez que te lo oigo nombrar.

-Jack lo conoce, ¿verdad?

Jack estaba junto a la puerta y contestó.

-Será mejor que me vaya.

-No, no te vayas, Jack -dijo Marcia, con un gesto imperioso.

Sullivan le sonrió.

-Sí, Jack, quédate. Después de todo, eres el muchacho que goza de mi confianza.

Bebió un trago de whisky y observó que el vaso había quedado vacío.

Se acercó a la mesa, cogió la botella y sirvióse una buena ración.

-Glen, ¿qué te pasa? -preguntó Marcia.

-¿A mí? Nada... No. me pasa nada... Estoy la mar de bien... Nunca me he encontrado mejor... Palabra... A propósito, ¿qué haces aquí?

-Le he dicho a Jack que llamé tres veces.

-¿Ah, sí?

-Nadie cogió el teléfono.

-No quería que me molestasen.

-Gracias. No sabía que yo fuese para ti una molestia.

Glen caminó hacia ella, mirándola.

-Eres bonita... Sí, señor... Lo eres... Y tienes una fachada que no está nada mal... Me gustas, nena.

Llegó ante Marcia y le pasó la mano por la cintura.

Sin más pausa, aplastó su boca contra la de ella.

Marcia permaneció inmóvil, como una estatua, mientras él la besaba.

Y Jack continuaba en el fondo de la habitación contemplando la escena.

Cuando Glen separó sus labios de los de Marcia, ésta levantó la mano y la pasó por los labios.

-No me gustó ese beso, Glen. Y por eso borro su huella.

Sullivan rió.

-¿Y cuáles son tus preferencias en cuanto, a besos?

-Lo hacías antes mejor.

-¿Con más delicadeza?

-Sí.

-Lo siento, preciosa, pero un hombre tiene que besar de muchas formas. Depende de su estado de ánimo.

-Me has besado como un borracho.

-¿Cómo quieres que te diga que no estoy borracho?

-No pareces tú.

-¿Y quién crees que soy?

-No lo sé. Estás la mar de extraño, Glen. Y tengo derecho a saber a qué se debe. ¿Simplemente al whisky?

-Digamos que... simplemente.

-Glen, te llamaba porque mi padre quiere que vengas mañana a cenar a casa. Habrá otros invitados, miembros de la Academia de

Medicina.

-No iré.

-¿Cómo que no irás?

-Escúchame, monada. Me caso contigo y no con tu padre. Y por tanto, él no me puede obligar a que acuda a esa cena. -Levantó el vaso y miró el whisky al trasluz mientras proseguía-: Tu padre cree que me puede domar. Sí, señor, el doctor Roberts me quisiera ver entre su rebaño... El doctor Roberts, el hombre que se ha hecho millonario comerciando con la medicina...

-¡Estás hablando de mi padre, Glen!

-Ya sé que es tu padre, linda.

-Hasta ahora te pareció un hombre respetable, a pesar de que tuvieseis diferentes puntos de vista con respecto al ejercicio de la medicina.

-Un mercachifle, un charlatán. Eso es tu padre.

Pero no te aflijas, hay doctores como él. Los hay a centenares. En todas partes del mundo. Tipos qué saben comportarse bien en sociedad, que están con la crema... Así cobran los mejores honorarios y pueden vivir maravillosamente.

-i No sabes lo que dices, Glen!

-Lo sé bien.

-¡Quiero que retires tus palabras!

-¿Retirarlas, preciosa? ¿Por qué he de retirarlas si te estoy diciendo la verdad? Aborrezco a tu padre y todo lo que él representa. Si dependiese de mí, le impediría el ejercicio de la profesión. Sí, señor, se lo impediría a él y a otros muchos.

-Glen, quiero oír que me pides perdón.

Glen hizo una mueca.

-¿Yo pedirte perdón a ti?

-Sí.

-¿Por qué?

-Por todo lo que estás diciendo.

-No lo esperes.

-A pesar de todo, espero que mañana recuerdes esta abominable escena y me llames para disculparte.

-Escucha, rica. De eso nada. ¿Lo oyes? ¡Nada!

Marcia echó a andar rápidamente. Y al pasar junto a Jack, dijo:

-No hace falta que me acompañes. Sé el camino de la puerta.

-Hasta pronto, Marcia.

La joven salió de la habitación. Jack la siguió con la mirada hasta que salió de la casa. Entonces se volvió hacia Glen y dijo:

-Eres Mel Kramer.

Glen estaba bebiendo un trago y apartó el vaso d los labios.

-¿Qué es lo que has dicho, Jack?

-Que te has comportado como Mel Kramer. Si investigásemos en la vida del muerto, sabríamos que li gustaba el whisky, que lo bebía con frecuencia.

-¿Qué más sabríamos?

-Que era un hombre duro en su trato con las mujeres.

-Brindo por Mel Kramer.

Glen bebió otro trago de whisky.

Jack le apuntó con el brazo extendido.

-Glen, he sido cómplice de un acto monstruoso.

-Cálmate.

-Tienes una doble vida.

-Anda, dime que soy un nuevo doctor Jekyll...

-Creo que sí.

-¿Y ahora me he convertido en el señor Hyde?

-Me temo que estás acertando. Sólo que, en lugar del doctor Jekyll, eres el doctor Sullivan. Y en lugar del señor Hyde, eres el señor Kramer.

Glen dejó el vaso en la mesa y empezó a parpadear. Sus piernas se doblaron.

Jack fue a su lado.

-¿Qué te pasa, Glen?

-¡No me toques!

-¡Te estoy preguntando qué te pasa!

Glen se cogió la cabeza con las manos.

-Judy.

-¿Quién es Judy?

-Judy Randall... La estoy viendo.

-Descríbemela.

-Tiene dieciséis años... y es muy bonita. Me está sonriendo. Me dice: «Hola, Mel, ¿cómo te va?»

-¿Qué le contestas tú?

-«Te invito a merendar, Judy. Acabo de terminar n trabajo. He aplastado la cabeza de un *gángster*. Me pagaron mil dólares...»

-¿Qué más?

-Nada... ¡Espera!... ¡Judy!... ¡Está muerta!... ¡Judy está muerta!... ¡Dios mío! La han sacado del mar. Está en la Morgue desnuda, completamente desnuda... Pobre Judy. ¿Qué han hecho contigo, Judy?... ¡Te han asesinado!... Hay huellas en tu cuello... ¡Te estrangularon!... Dígamelo, forense... Dígamelo... ¡Quiero descubrir al hijo de perra que mató a Judy!...

CAPITULO VI

Jack Burton gritó:

-¡Glen, estás adoptando la personalidad del investigador privado!

Glen continuaba con las manos en la cabeza.

-Tengo que hacerlo, Jack.

-¿Qué es lo que tienes que hacer?

-Descubrir al asesino.

-¿De qué estás hablando?

-Asesinaron a Judy... La estrangularon.

-Vuelve en ti, Glen. Sólo tienes la mitad del cerebro de Kramer. Pero la otra mitad forma parte de tu propio cerebro... Y tu cuerpo es el de Glen Sullivan. Tu cara es la de Glen Sullivan. ¡Y tus manos y tus piernas son las de Glen Sullivan!

Glen echó a andar.

-¿A dónde vas, Glen?

-A Los Angeles.

-¿A qué vas a Los Angeles?

-Tengo que saberlo... Tengo que saberlo todo acerca de Judy...

-Pero, ¿qué te importa a ti?

-¡Mucho, me importa mucho!

-¡No conocías a esa mujer, Glen! ¡No la conocía ¡Convéncete! ¡Ella murió!

-Asesinada.

-Ya deben haber descubierto al asesino.

-Quizá sí o quizá no.

-Vas a cometer un error, Glen. Dijiste que guardaríamos el secreto entre los dos. ¿Qué va a pasar ahora si vas a Los Angeles y haces preguntas como Mel Kramer?

-No lo sé, Jack. No sé lo que pasará. ¡Pero debo ir a Los Angeles!

Glen salió rápidamente de la casa.

Minutos más tarde, corría en su automóvil por 1 autopista.

Sus labios murmuraron:

-Voy en tu busca, Judy Randall, aunque esté muerta...

* * *

Glen Sullivan leyó la lápida.

«Aquí yace Judy Randall». Y debajo estaba la fe cha de su muerte: «4 de octubre de 1982».

-¿La conocía, amigo? -dijo una voz a su espalda.

Glen se volvió bruscamente.

Vio a un hombre de unos treinta y cinco años, moreno.

-¿Quién es usted?

-Robert Bruce, teniente de la Brigada de Homicidios ¿Y usted?

-Sullivan, doctor Glen Sullivan.

-Le repetiré mi pregunta, doctor Sullivan. ¿Conocía a Judy Randall?

Glen tenía los ojos fijos en el rostro de aquel hombre, y de pronto lo recordó, aunque no con demasiada fijeza. Sabía que estaba funcionando la otra parte de u cerebro, la que pertenecía a Mel Kramer.

-¿Qué me contesta, doctor Sullivan?

-Sí, la conocía.

-¿Cuándo conoció a Judy?

-Poco antes de que ella muriese.

-¿Sabe cómo ocurrió?

-Antes de visitar el cementerio fui a la redacción de un periódico, el *Star*. Estuve leyendo el número correspondiente al día que se dio la noticia de la muerte de Judy.

-¿Está enterado de todo lo que se dijo?

-No se dijo mucho. Sólo que Judy Randall había sido sacada del mar. Y que se tenían sospechas fundadas de que había sido asesinada ¿Encontraron ya al asesino, teniente?

-No.

-El hecho ocurrió hace más de un mes.

-Encontramos pocas pistas y las que seguimos no dieron resultado.

-Ha sido una pena, teniente.

-Todavía no me ha dicho cómo conoció a Judy Randall, doctor.

-¿Sospecha de mí?

-Tengo que sospechar de todo el mundo.

-¿Por eso está aquí, teniente? ¿Por si el asesino se acercaba a la tumba?

-Soy un tipo que respeta mucho la tradición. Y en criminología existe una de ellas, de la que muchos de mis colegas se ríen.

-¿La tradición de que el asesino vuelve al lugar del crimen?

-O al lugar donde se encuentra enterrada su víctima.

-No, teniente. Yo no la maté. Conocí a Judy Randall en Los Angeles.

-¿Dónde?

-En una cafetería. Hablamos como una hora.

-¿En qué fecha la conoció?

-Hace un par de meses.

-¿De qué hablaron?

-De las cosas que se hablan dos recién conocidos Del tiempo… Algo así.

-¿La volvió a ver?

-No.

-Todo esto es muy extraño, doctor Sullivan.

Glen hizo un esfuerzo. Ahora quería pensar como Mel Kramer, recuperar los recuerdos de Mel Kramer Y lo consiguió.

-Espere, teniente. Ya sé de qué hablé con Judy.

No, el teniente no podía saber lo que Mel Kramer había hablado con Judy en aquella cafetería.

-Ese día Judy había posado para un pintor.

El teniente sacudió la cabeza.

-Judy se ganaba la vida algunas veces como modelo.

-Hablamos de pintura, de los grandes maestros, o le dije que mi favorito era Auguste Renoir. Casualmente, a ella también le gustaba Renoir. La invité y ella pidió algo muy original que yo no había visto beber a adié.

-¿Qué cosa?

-Vodka con jugo de piña.

-De modo que fue un encuentro puramente casual.

-Sí, ya se lo dije.

-Le creo, doctor.

-Gracias -sonrió Glen-. Es un respiro que usted e borre de la lista de sospechosos.

-Le falta saber algo que no ha leído en el *Star*.

-¿A qué se refiere, teniente?

-Hubo alguien que supo quién era el asesino de Judy Randall.

-¿Quién?

-Mel Kramer.

Glen sintió un escalofrío por la espina dorsal.

-¿Mel Kramer? -retrucó-. ¿Quién es Mel Kramer?

-Era.

-¿Era?

-Murió.

Bruce sacó un paquete de cigarrillos.

-¿Fuma, doctor?

-Ahora no, gracias.

Bruce encendió el cigarrillo y después de arrojar el humo dijo:

-Mel Kramer era un investigador privado y un buen amigo de Judy Randall. Sintió mucho la muerte de la muchacha y se propuso atrapar al asesino, aunque la vida le fuese en ello. Bueno, la verdad es que Mel Kramer, además de investigador privado, era un justiciero.

-¿Un qué?

-Un justiciero. Un hombre que desconfía de la in parcialidad de los hombres para juzgar a sus semejantes y hace las cosas a su manera. Se lo dije a Mel tu poco antes de morir en un accidente. Le dije que el era el juez, el jurado y el verdugo al mismo tiempo Mató a tres *gángsters,* tres fulanos de los bajos fondos Y uno de ellos, antes de morir, le debió decir el nombre de su jefe. Y según yo vi las cosas, ese hombre, e jefe, es el asesino de Judy Randall.

Glen miró al suelo y a la punta de sus zapatos, in capaz de resistir la mirada que le dirigía el tenienta Bruce.

Ya sabía quién era Judy Randall y por qué la había visto muerta. Y en pocos instantes recordó aquella escena en la cochera, cuando disparó contra el gordinflón y los otros dos. Fueron planos rápidos que pasaron por su mente como un film cortado, planos de la vida de Mel Kramer.

El teniente prosiguió:

-Traté de que Mel Kramer me diese el nombre del asesino, pero no lo conseguí. Mel quería hacer una vez más de justiciero, y estaba corriendo en su automóvil hacia el lugar donde encontraría al criminal. De eso no tengo la menor duda. Por eso corría a una velocidad de locura. Y se mató, doctor. Cuando yo llegué a la Morgue, ya había muerto.

Todo eso ya lo sabía Glen Sullivan. Lo sabía como el Kramer, y lo sabía como Glen Sullivan.

-Pero habrá algún cabo suelto, teniente. Siempre o hay.

-Esta vez, no.

-Es una lástima.

-Lo es. -El teniente señaló la tumba-. Me habría gustado que el crimen de esta muchacha no hubiese quedado impune.

El pensamiento de Mel Kramer le dijo a Glen Sullivan:

«No, muchacho. No va a quedar impune. Eso va a depender de ti.»

-Teniente, me tengo que marchar.

-¿Dónde ejerce su profesión?

-En Santa Mónica.

-Quizá me llegue a visitarlo un día.

-Será bien recibido, teniente.

Los dos hombres cambiaron un apretón de manos.

-Hasta la vista, doctor.

-Espero que tenga suerte de encontrar una nueva pista que lo conduzca hasta el asesino de Judy Randall.

-Ojalá. Es lo que más deseo.

Glen Sullivan se apartó de Bruce.

Había dejado su coche un poco más allá. Montó en su auto, y

cuándo éste se puso en marcha, vio al teniente ante la tumba de Judy Randall, quieto, observándole.

Poco más tarde, se encontraba en la habitación del hotel de Los Angeles en que se había alojado.

Se había despojado de la chaqueta y ya tenía un vaso de whisky en la mano.

Bebía y daba vueltas.

Ciertas palabras del teniente Bruce martilleaban en su cerebro. ¿O debía decir en su doble cerebro?

«Mató a tres *gángsters,* tres fulanos de los baje fondos, y uno de ellos, antes de morir, le debió decir el nombre de su jefe. Y según yo veo las cosas, ese hombre, el jefe, es el asesino de Judy Randall».

Habló en voz alta:

-Tienes que recordarlo, Glen ¡Ya no eres Glen Sullivan! Eres Mel Kramer. Tienes una mitad de su cerebro y en él se apilan tus recuerdos. ¿Quién fue, Mel? ¿Qué nombre te dijo aquel hombre que mataste?

Pero no tenía ninguna respuesta.

En un momento determinado, arrojó el vaso contri la pared. El vaso se hizo añicos y el whisky corrió por el papel pintado.

Se tendió en la cama y cerró los ojos.

-Mel, tú no moriste. No, no moriste en aquel accidente. Te metiste en mi cuerpo, en mi cabeza. Ahora somos una combinación. Formas parte de Glen Sullivan. ¿Me oyes? Debes tenerlo en cuenta, Mel. No lo olvides por un momento. Mel Kramer y Glen Sullivan son una sola persona. Ayúdame, Mel. Ayúdame. ¿Qué nombre tiene el asesino?

Tampoco obtuvo respuesta.

Permaneció todavía un rato tendido en la cama.

Finalmente se puso la chaqueta y salió del hotel.

Ya era de noche y paseó por la calle.

Tropezó con una mujer. Ella le guiñó un ojo.

Glen huyó. No, no había venido a Los Angeles para aquello.

Se detuvo ante el escaparate de una librería. Vio nos cuantos libros de medicina y un poco más arriba una historia de crímenes. Y al lado, otra historia de os presidentes de Estados Unidos... Y en la portada había fotografías del presidente Kennedy, de Lincoln, de Nixon...

Un nombre hizo explosión en su cerebro... ¡Harry Dixon!

¡Harry Dixon era el nombre del asesino de Judy Randall!

CAPITULO VII

Ese era el nombre. Ya lo recordaba. Harry Dixon.

Pero, ¿quién era Harry Dixon?.¿Dónde estaba Harry Dixon?

Volvió a su hotel y pidió la guía telefónica.

Tal como imaginaba, había demasiados Harry Dixon en Los Angeles. Contó hasta cincuenta y dos. No, no podía empezar a marcar números y preguntar: «¿Es usted el Harry Dixon que asesinó a Judy Randall?»

Además, podía ocurrir que el Harry Dixon que buscaba no se encontrase en la guía telefónica. ¿Y si era un tipo de San Francisco o de un pueblo de los alrededores de Los Angeles? ¿Por qué no un Harry Dixon de Nueva York o de Kansas City? No, no servía aquel procedimiento. Podía estar años y años buscando a Harry Dixon sin encontrarle.

¿Y si buscaba la colaboración del teniente Bruce?

Pero aquel teniente parecía ignorar el destino del viaje de Mel Kramer cuando éste sufrió el accidente.

¿Y qué le decía al teniente? «Oiga, teniente, tengo la mitad del cerebro de Mel Kramer. Pero no recuerdo mucho acerca de Kramer». No, tampoco servía.

Encendió un cigarrillo y se puso a pasear.

Llevaba un rato yendo de un lado a otro cuando se detuvo porque

empezó a recordar algo.

Una habitación con una mesa, un archivador, sillón de cuero, una ventana.

¿Qué era aquella habitación?

No podía ser otra cosa que la oficina de Mel Kramer. ¿Cómo no lo había pensado antes? Mel Kramer era un investigador privado.

Ávidamente, pasó las hojas de la guía telefónica: Alex Kramer, Rock Kramer, Peter Kramer... ¡Mel Kramer! ¡Allí estaba! Mel Kramer, investigador privado! Avenida del Laurel, 334.

Viajó en su coche hasta el número 334 de la Avenida del Laurel. Era un edificio antiguo de ladrillo rojo. Leyó las tarjetas de los buzones de correo. «Mel Kramer, planta doceava, apartamento 8».

El portero estaba leyendo un periódico.

-Buenas tardes -saludó Sullivan.

-Hola, ¿qué quiere?

-Vengo a visitar a Mel Kramer.

-Pues tendrá que ir un poco lejos para visitarlo. Murió hace unos días... Una lástima. Era un buen muchacho. Se mató en un accidente. Dicen que todo el mundo corre, pero yo creo que Mel Kramer corría más que los demás. Equivocó la profesión. En lugar de investigador privado, debió pilotar bólidos de carrera.

-¿No hay nadie en su oficina?

-Verá, amigo...

-Jerry Welles.

-Quise que el señor Kramer hiciese una investigación por mi cuenta.

-No lo vi nunca por aquí ¿Cómo se llama?

-Hunter, Ray Hunter... Y si no me vio fue porque nunca vine. Hablé por teléfono con el señor Kramer unos días antes de que muriese. Me aceptó como cliente. Kramer tenía que buscar a una persona cuyo paradero yo ignoraba. Le mandé unas cartas y unas fotografías. Debe

tenerlas en su oficina y quiero recuperarlas para hacer el encargo a otro investigador. Usted debe tener una llave.

Al mismo tiempo que decía eso, Glen sacó un fajo de billetes. Apartó cuatro de a cinco dólares que dejó sobre la mesa.

El hombre miró los billetes y luego otra vez a Glen.

-Oiga, señor Hunter. Yo tengo una gran responsabilidad. Hay cosas que no se pueden hacer.

Glen apartó dos billetes de a cinco dólares y los agregó a los cuatro de antes.

Jerry Welles dio un suspiro.

-Sí, tengo una llave. Se la daré.

-Gracias.

-Pero, por favor, no lo ponga todo patas arriba.

-Descuide. Sólo me interesa recuperar la carta que le envié al señor Kramer.

Welles le entregó la llave por la que había pagado treinta dólares.

Subió en el ascensor hasta la doceava planta.

En el corredor no había nadie.

Vio la placa en la puerta: «Mel Kramer, investigador privado».

Sintió un hormigueo en las manos. Allí era done Mel Kramer había tenido su oficina, el hombre cuya mitad del cerebro estaba ahora dentro de su cabeza.

Introdujo la llave en la cerradura y abrió.

Se encontró en una pequeña sala de espera. Vio la revista y los periódicos de una mesita. Eran atrasada como en todas las salas de espera. Al fondo vio un puerta de cristal.. La abrió y entró en el despacho d Mel Kramer. El mismo que había recordado. El archivador, la mesa, la ventana...

Ocupó el sillón ante la mesa, el sillón donde se sen taba Mel Kramer, y cerró los ojos. Hizo un esfuerzo por recordar. Empezó a

conseguirlo. En el tercer caja del archivador se encontraba la botella de whisky.

Se levantó rápidamente y abrió el tercer cajón. Sí allí estaba la botella de whisky. Todavía quedaban tres dedos de licor. Pero no bebió.

Tenía otro interés. El de encontrar a Harry Dixon.

Se dirigió al archivador y tiró del primer cajón donde estaban archivados los documentos desde la A hasta la H.

-Donovan... Dutely... Diamont...

Pero no había ningún Dixon.

Exhaló el aire de sus pulmones.

En aquel momento oyó ruido en la sala de espera Alguien había entrado. Pensó que sería Jerry Welles. Una mano empujó la puerta y entraron dos hombres.

Ninguno de ellos era Jerry Welles.

Uno de los tipos era muy alto, de sienes hundidas y nariz aguileña, y el otro, más bajo, de largas patillas.

-¿Quiénes son? -preguntó Glen.

-Policías -contestó el alto-. ¿Quién es usted?

Tenía que responder con el mismo nombre que había dado a Jerry Welles. Pensó que ellos ya habrían preguntado al portero.

-Ray Hunter.

-¿Qué busca aquí, señor Hunter?

-Apuesto a que ustedes ya lo saben.

-¿Por qué habíamos de saberlo?

-Porque han hablado con Welles.

-Un sabihondo, ¿eh?

El de las patillas largas rodeó la mesa y se acercó al archivador.

-Budd -dijo-, ha estado buscando en el primer cajón.

-¿Hasta qué letra alcanza?

-Hasta la H.

-Señor Hunter, ¿qué buscaba usted en ese archivador?

-No es cuenta suya.

-Si es usted un buen ciudadano, debe contestar.

-Muéstreme la credencial.

-¿Cómo ha dicho?

-Quiero tener la seguridad de que son policías.

-¿Por. qué quiere tener la seguridad?

El de las largas patillas sonrió.

-Eh, Budd, es lo que tú dijiste, un sabihondo.

-Sí, Dick... El señor Hunter nos resultó un tipo un poco difícil.

Glen puntualizó:

-Estoy esperando que me enseñen la credencial.

Budd contestó:

-Yo dejé la mía encima del piano. ¿Y tú, Dick?

-Sobre la lavadora.

Sullivan ya tuvo la seguridad de que aquellos dos hombres no eran lo que habían dicho. No, no eran policías. Pero, ¿qué podían ser entonces? Matones. Simple mente eso: matones. ¿No le había dicho el tenienta Bruce que Mel Kramer mató a tres hombres en uní cochera? ¿No habían sido ésos los planos rápidos, los planos de una pelea, que habían pasado por su mente como en un film?

Los fulanos tenían que ser compañeros de las víctimas de Kramer. Y una de éstas le había dicho al investigador quién fue el asesino de Judy Randall.

Todo eso lo pensó muy rápidamente.

-¿Qué sabe usted de Kramer? -preguntó Budd.

-Quise que buscase a una persona.

-¿Quién?

-He dicho que no es asunto suyo.

-Quizá podría ser asunto nuestro. Y por eso tendrá que decirlo.

-No, no lo diré. Y ahora será mejor que me dejen en paz.

-Pagó treinta dólares por la llave de esta oficina. ¿Por qué?

-Ya se lo dije.

-Señor Hunter, está poniendo las cosas cada vez peor. Y mi amigo Dick es muy nervioso.

Dick demostró lo nervioso que estaba. Tiró el puño contra la cara de Glen.

Pero Sullivan estaba preparado. Sabía cómo iba a terminar aquello. Burló el puño de Dick y replicó con un izquierdazo al hígado.

Dick voló por encima de la mesa y se desplomó a la otra parte.

Glen se quedó perplejo. El nunca había pegado desde los tiempos de la Universidad. Se conservaba ágil jugando al tenis. Pero durante los últimos instantes había estado vigilando a Dick y por eso no le pilló desprevenido.

Dick estaba en el suelo, boqueando como un pez fuera del agua, tratando de recuperar el resuello.

Entonces el doctor Sullivan comprendió que había actuado como el investigador privado Mel Kramer. El medio cerebro de Kramer le había aconsejado cómo desenvolverse en una situación como aquélla.

Vio que Budd movía la mano hacia la axila y comprendió que iba a sacar una pistola. Y otra vez actuó como Mel Kramer. Echó a correr y saltó sobre Budd cuando éste agarraba la pistola. Logró atraparle por el brazo y hacerle palanca, y aquel grandullón voló por el aire, dándose impulso para impedir que sus huesos se quebrasen.

Budd cayó de espaldas y Glen ya no esperó más, porque comprendió que Dick también sacaría su pistola.

Salió de la oficina de Kramer corriendo y bajó por la escalera precipitadamente porque el ascensor estaba ocupado.

Al verle pasar, Welles preguntó:

-¿Qué le pasa, señor Hunter?

Pero él no le contestó. Llevaba demasiada prisa. Se metió en el auto y lo hizo arrancar.

Minutos después se encontraba lejos de la Avenida del Laurel.

Encendió un cigarrillo y se miró en el espejo retrovisor. Su rostro había adquirido la dureza de la piedra. Se oyó decir:

-¿Quién eres tú: el doctor Glen Sullivan o el investigador privado Mel Kramer?

Había sufrido demasiadas emociones. Tenía que poner en orden sus pensamientos. Ahora conocía la oficina de Mel Kramer. ¿No era lógico que de un momento a otro empezase a recordar más cosas? Un poco de tranquilidad le vendría bien. Sí, era lo mejor para que los recuerdos acudiesen a su mente, a condición de que fuese la mente de Mel Kramer la que funcionase.

Jack Burton lo estaba esperando en su casa de Santa Mónica.

-¿Dónde estuviste, Glen?

-Por ahí.

-¿No quieres decírmelo?

-Es mejor que no lo sepas.

-Está relacionado con Mel Kramer, ¿verdad?

-Deja eso. No te metas en mis asuntos.

-¿En cuáles asuntos? ¿En los de Glen Sullivan o en los de Mel Kramer? Tengo que meterme. Soy un cómplice de esa monstruosidad.

-No fue una monstruosidad ¿O preferías que muriese?

-Escúchame, Glen. Yo no quería que tú murieses. No lo he querido en ningún momento. Pero contigo está pasando algo horrible. Mel Kramer se está apoderando de ti. Poco a poco vas siendo el

investigador privado y olvidando a Glen Sullivan.

En aquel momento llamaron a la puerta.

Era un criado, Tom.

-Señor Sullivan, tiene visita.

-¿Quién es?

-Deborah Foster, una periodista de Los Angeles.

-¿Qué quiere?

-Dice que sólo se lo dirá a usted porque es importante.

-Está bien. Hazla pasar.

Tom salió.

-Jack, ¿quieres dejarme a solas con ella?

-Como tú quieras, Glen. A propósito, Marcia llamó.

-No quiero saber nada de Marcia.

-¿Como Glen Sullivan o como Mel Kramer?

-¡Vete al infierno!

Jack sacudió la cabeza y salió del salón-biblioteca.

Casi se cruzó con la periodista.

Deborah Foster era una joven de unos veintitrés años, morena, esbelta, de rostro bellísimo, senos altos y pronunciados.

-¿Doctor Sullivan?

-Sí, señorita Foster ¿Qué es lo que desea?

-Antes de venir a su casa he leído su historial, señor Sullivan. Debo confesar que sabía muy poco de usted. Sólo que era una eminencia en la neurología. Pero, tras leer irnos cuantos informes, me he dado: cuenta de que con sus experiencias puede abrir nuevos campos a la medicina.

-Gracias, señorita Foster. Pero si quiere saber algo sobre lo último

que estoy realizando, tendrá que hablar con mi ayudante. Es el hombre que se acaba de marchar hace un momento de aquí. Se llama Jack Burton y tengo mi confianza depositada en él. El doctor Burton le enseñará las cosas que hemos hecho durante los últimos años.

-No me interesa lo que haya podido hacer antes, sino lo que ha hecho ahora.

-No la comprendo, señorita Foster.

-Seré más concreta, doctor Sullivan. ¿Qué es lo que ha hecho con el cerebro de Mel Kramer?

CAPITULO VIII

Glen Sullivan se había quedado rígido.

-¿El cerebro de quién, señorita Foster?

-No se haga de nuevas, doctor.

-¿Qué es lo que sabe usted?

-Me he hecho cargo del cadáver de Mel Kramer para darle sepultura, pero primero quise identificarlo y me encontré con la sorpresa de que le había sido extraído el cerebro.

-¿Quién le ha dicho eso?

-No me lo ha dicho nadie. He estudiado tres años medicina, señor Sullivan.

-¿Por qué vino aquí?

-Cuando supe que a Mel Kramer le faltaba el cerebro, quise saber por qué. Hablé con el doctor Keaton. No quiso admitir nada al principio, pero le amenacé con hacer la oportuna denuncia a la policía. Entonces no tuvo más remedio que confesar. El doctor Keaton quiso informarle para advertirle, pero yo le dije que hablaría personalmente con usted. Y ya estoy aquí, doctor Sullivan. Y le repetiré mi pregunta ¿Qué ha hecho usted con el cerebro de Mel Kramer?

-Quisiera hacerle yo antes otra pregunta. ¿Qué significaba para usted Mel Kramer?

-Éramos amigos.

-¿Sólo amigos?

-¿Qué insinúa, doctor Sullivan?

-Perdone, no trato de herir sus sentimientos Pero no recuerdo...

-¿Qué es lo que no recuerda?

Glen iba a decir que no la recordaba a ella. Cabía esperar que, de un momento a otro, la mitad del cerebro de Mel Kramer le proyectase imágenes acerca de la hermosa joven. Pero esa proyección de planos no se producían, a pesar de que la estaba mirando fijamente.

-Contésteme, señorita Foster. ¿Qué era para usted Mel Kramer?

-Un hombre valiente.

-Hay muchos hombres valientes por el mundo.

-Mel Kramer luchaba contra las injusticias. Los policías que le conocían le habían pronosticado una vida muy corta... Se enfrentaba con fuerzas superiores. Ha deshecho grupos internacionales de delincuentes. Nunca se detuvo ante el peligro... Yo diría que lo buscaba. Ese era Mel Kramer, un hombre que, apenas terminada una lucha, estaba dispuesto a emprender otra. Pero siempre con el mismo objetivo, el de acabar con los delincuentes, en especial con los más grandes, con los que se esconden, con los que se enmascaran, con los que amasan riquezas a costa de explotar el vicio.

-Usted admiraba mucho a Mel Kramer.

-Sí, doctor Sullivan. Lo admiraba mucho. Y por eso me preocupa lo que haya podido hacer con su cerebro.

-¿Qué supone usted, señorita Foster?

-Sé que hace extraños experimentos.

-Sí, señorita Foster. Los tengo que hacer. La medicina ha prosperado con experimentos audaces.

-¿Y qué experimento audaz ha hecho con el cerebro de Mel

Kramer?

-Lo tengo yo.

-Sí, eso ya lo sé. Pero, ¿dónde?

-En mi cabeza.

-¿Qué?

Deborah, asombrada, señaló a Glen con el dedo.

-¿Quiere decir que ahí, en su cabeza, está...?

-Sí, señorita Foster. Está la mitad del cerebro de Mel Kramer.

Deborah se tambaleó.

Glen acudió a su lado y la cogió por la cintura.

-No se desmaye, señorita Foster.

-No, no me voy a desmayar -repuso la hermosa periodista.

-Le daré un trago de whisky.

-Sí, creo que me hace falta.

La dejó en un sillón y Glen escanció whisky en un vaso que tendió a la joven.

Ella bebió y observó a Glen.

-¿Por qué lo hizo, doctor Sullivan?

-Yo tenía un tumor cancerígeno en la mitad de mi cerebro. Mel Kramer me proporcionó el suyo. Pudo ser otro, un Smith cualquiera, pero casualmente fue Kramer.

La joven movió débilmente la cabeza.

-Entiendo.

Glen estaba mirando el vaso de Deborah cuando pasaron varios planos por su mente. Vio a Deborah Foster en bikini, al lado de una piscina. Y él estaba a su lado. ¿Eh? No, no era él. Era Mel Kramer.

-Ahora la recuerdo, señorita Foster.

-¿Qué es lo que recuerda?

-A usted, en una piscina... Fue hace tres meses. El día que nos conocimos. Quiero decir el día que conoció a Mel Kramer. Tropezamos en la escalera del trampolín.

Otros planos pasaron rápidos por la mente de Glen. El estaba también en bañador y tropezó con Deborah porque los dos querían subir al mismo tiempo. El le cedió el paso a la joven y Deborah le dio las gracias. Vio cómo Deborah se arrojaba al agua desde la palanca y cómo braceaba hasta llegar al borde de la piscina. Y luego subió por la escalerilla. Tenía un cuerpo maravillosamente proporcionado. Y él se acercó a ella y le dijo:

«-¿Puedo invitarla?»

Ella aceptó.

Y más tarde se presentaron.

«-Soy Deborah Foster y trabajo en el *Star.*»

«-Y yo Mel Kramer, investigador privado.»

Sus pensamientos fueron interrumpidos por Deborah.

-¿Se acuerda... de mí?

-Sí, acabo de ver nuestro encuentro. O sea, el encuentro entre Mel Kramer y usted.

-Pero usted es Mel Kramer.

-No totalmente, señorita Foster. Recuerde, sólo tengo la mitad de su cerebro. No controlo sus pensamientos y sus recuerdos con exactitud.

-Es increíble.

-Ya se lo dije, señorita Foster. La medicina progresa rápidamente, aunque no tanto como los enfermos quisieran.

-Entonces, en un momento determinado, será Mel Kramer y no Glen Sullivan.

-Sí, es posible.

-¿Y qué me dice de su carácter? ¿Qué personalidad tendrá usted?

¿La de Sullivan? ¿La de Kramer?

-No le puedo contestar, pero me siento cada vez más Mel Kramer.

Otros planos pasaron por su mente. Estaba bailando con Deborah. Ella llevaba un vestido de noche muy bonito, escotado. Bailaban con las caras juntas, y él la besaba en la comisura de la boca.

«-¿Por qué has hecho eso, Mel?»

«-Me gustas, Deborah.»

Deborah preguntó desde el sillón.

-¿En qué piensa ahora, señor Sullivan?

-En el beso que Mel Kramer le dio cuando estaban bailando.

-Eso ocurrió en el restaurante Lambert.

Glen cerró los ojos y dijo:

-Fue un sábado.

-Hace tres semanas. ¿No recuerda más?

Glen vio más planos.

Mel Kramer y Deborah Foster estaban en un jardín.

Él la besaba ahora con avidez en la boca. Pero ella lo apartaba:

«-¿Te casarás conmigo, Mel?»

«-No.»

«- Por qué no?»

«-Perdona, Deborah, pero yo no estoy enamorado de ti.»

«-¿No lo estás o no lo quieres estar?»

«-No me casaré nunca contigo, Deborah. Yo soy un lobo solitario... Y a todos los lobos solitarios los persiguen porque resultan dañinos, y un día los matan.»

«-Me da mucha pena que digas eso.»

«-Es la verdad.»

Glen abrió los ojos y vio a Deborah.

-¿Estaba recordando aquel momento, doctor?

-Kramer era un lobo solitario. Y ya murió, aunque nadie le acertó con el rifle.

Se inclinó sobre ella y le acarició el cabello.

Deborah vio la mano de Glen y dijo:

-¿Qué hace, doctor?

Un plano pasó por la mente de Glen. Kramer la estaba acariciando el cabello.

«-No te volveré a ver, Mel.»

«-¿Por qué no?»

«-No quiero enamorarme de ti.»

Otra vez Glen volvió a estar en la habitación, y seguía acariciando el cabello de Deborah. Y de pronto sintió un impulso y se inclinó sobre ella y la besó en la boca.

Deborah se apartó.

-¡Doctor Sullivan!

-Ahora no era Glen Sullivan. Era Mel Kramer. Lo siento, Deborah.

-Ha olvidado lo más importante... Usted, quiero decir Mel Kramer se mató cuando iba a realizar una misión. ¿En qué consistía?

-No lo sé.

-Procure recordarlo.

-Sólo recuerdo algunas cosas de Mel Kramer.

-Me ha recordado a mí.

-Sí, pero con mucha dificultad. No la reconocí cuando usted entró. Deborah... Hoy estuve en la oficina de Kramer y allí recordé algunas cosas.

-Mel estaba investigando el asesinato de Judy Randall. ¿Recuerda eso?

-Sí.

-¿Quién mató a Judy Randall?

Glen se lo podría haber dicho.

-Todavía no he llegado a ese punto del pasado de Kramer.

-Me está mintiendo. Usted sabe quién mató a Judy Randall. Por eso se fue a Los Angeles, a la oficina de Mel Kramer. Dígamelo, ¿quién mató a Judy Randall?

-¿Qué hará si se lo digo?

-Publicarlo.

-No puede publicar nada sin tener pruebas.

-Pero usted las debe tener.

-Sólo la declaración de un *gángster*.

-¿Se refiere a uno de los hombres que Mel Kramer mató en la cochera?

-Sí. Y por tanto esa confesión no sirve. Tampoco la policía podría hacer nada.

-¿Sugiere que nos crucemos de brazos?

-No.

-¿Entonces?

-Yo atraparé a ese hombre.

-¿Usted?

-Sí.

-¡Usted no puede hacer nada! ¡Es el doctor Glen Sullivan!

-Y también soy Mel Kramer.

-Sólo a ratos.

-Es mi ventaja. Tengo una doble personalidad. Soy Glen Sullivan y Mel Kramer al mismo tiempo. Hoy peleé con dos *gángsters,* señorita Foster. Como Glen Sullivan hubieran podido matarme, pero no peleé como Glen Sullivan, sino como su amigo, el investigador privado Mel Kramer. Y me libré de los dos asesinos. Seguiré conservando esa ventaja, Deborah.

-Quiero ayudarle.

-Y yo rechazo su ayuda.

-¿Por qué?

-No quiero implicarla en algo que es muy sucio. Mel Kramer mató a aquellos tres hombres en la coche ra. Y dos tipos quisieron arreglarme las cuentas en la oficina de Kramer. Todo esto es muy complicado, Deborah, y usted se va a quedar fuera.

Glen dio un paso hacia la joven.

La cogió otra vez por el cabello y ella se quedó inmóvil.

-Usted es importante para mí, Deborah.

Y Glen se dio cuenta de que no lo había dicho como Mel Kramer, sino como Glen Sullivan, porque no recordaba nada en aquel momento del pasado entre la joven y el investigador privado.

En aquel momento se abrió la puerta y la voz de Marcia Roberts dijo:

-¿Me presentas a tu cobaya, Glen?

CAPITULO IX

-¿Qué haces aquí, Marcia? -preguntó Sullivan.

-Me estaba preguntando por qué no me llamabas.

-No he tenido tiempo.

-No deberías perderlo con ciertas diversiones.

Era una situación muy violenta para Deborah.

-Gracias por todo, doctor Sullivan.

Echó a andar y salió de la estancia.

Glen arrugó el ceño mientras observaba el rostro de Marcia.

-Has estado muy inconveniente.

-Todavía no me has dicho quién es ella.

-Deborah Foster, una periodista.

-¿Y qué vino a hacer aquí? ¿Te estaba enseñando su nuevo peinado?

-Deja de hacerte la graciosa.

-Es muy atractiva tu periodista.

-No es mí periodista. Quería información sobre mis experimentos.

-Y tú se los estabas explicando con todo detalle.

-Basta, Marcia.

-Muy bien. Lo dejaremos. Vengo a por ti. Mi padrinos está esperando.

-Te dije ayer que no asistiría a esa cena.

-Creí que lo habrías pensado mejor, y que estarías arrepentido de los insultos que dirigiste a mi padre.

-Si me hubiese arrepentido, te habría llamado.

-Te aceptaré las disculpas ahora.

-No hay disculpas, Marcia.

La joven respiró profundamente.

-Parece que estés diciendo otra cosa. Por ejemplo, que tienes ganas de romper nuestro compromiso.

-Ya que lo sugieres, sería preferible para los dos. Los dos nos equivocamos. Y todavía tenemos tiempo para rectificar.

-¿Estás seguro de lo que haces, Glen?

-Completamente seguro.

-Entonces, adiós.

Marcia salió de la habitación sin que Glen hiciese nada por detenerla.

Se sirvió una buena ración de whisky.

Jack Burton entró en la estancia.

-Con que has terminado con Marcia.

-Sí. ¿Te importa?

-Claro que me importa. Era tu porvenir.

-¿Te refieres a que necesitaba los millones del doctor Roberts?

-No lo enfoque así, Glen. Eres un buen investigador. Tenías dinero suficiente para realizar tus experimentos. Por tanto, el motivo de que te fueses a casar con Marcia no era su dinero. Ella te gustó. Debes admitirlo, Pero todo empezó a cambiar cuando tu cerebro enfermó. Y ahora ha cambiado mucho más desde que Mel Kramer empezó a formar parte de tu vida.

Glen dejó el vaso en la mesa y echó a andar.

Jack lo detuvo cogiéndolo por un brazo.

-¿Dónde vas, Glen?

-Ya sé quién asesinó a Judy Randall.

-Debes informar a la policía.

-No.

-¿Por qué no?

-Porque quiero acabar yo con él.

Glen continuó andando y salió de la casa.

* * *

Deborah Foster entró en su apartamento.

Había pasado por una emocionante experiencia. La más emocionante de su vida. Mel Kramer, su amigo, estaba muerto. Pero vivía. ¿Cómo podía conciliarse eso? Kramer vivía porque una parte de su cerebro formaba parte de otro hombre, del doctor Glen Sullivan.

Pensó en Sullivan mientras se duchaba.

De pronto oyó que se abría la puerta de su apartamento.

Arrugó el ceño. Nadie tenía una llave del apartamento, excepto ella.

Se cubrió rápidamente con un albornoz y salió al *living*.

Se detuvo sorprendida al ver a dos hombres que no conocía.

Uno era pelirrojo, con la cara pecosa, y el otro muy rubio, con las cejas casi blancas.

El pelirrojo dijo:

-Eres muy hermosa, pequeña.

-¿Quiénes son ustedes?

-Yo me llamo Terry Sutton y mi amigo es Edmund Wilson.

-¿Cómo han entrado aquí?

-Tenemos una llave maestra que abre todas las puertas.

-¡Salgan inmediatamente o llamo a la policía!

-Tranquila, nena, tranquila.

Deborah se dirigió a la mesa donde estaba el teléfono, pero el rubio Edmund Wilson se interpuso en su camino.

Deborah gritó:

-¡Apártese!

El rubio sonrió.

-Terry tiene razón. Eres muy linda. Tienes las medidas que son mis favoritas.

-¡Deje de mirarme así, puerco!

-¿Cómo te miro, preciosa? ¿Con afecto? ¿Con simpatía? ¿Con amor?

-¿Qué busca?

-Podíamos decir que te buscamos a ti porque eres muy linda, pero eso no sería verdad. ¿Verdad, Terry, que no sería verdad?

-No, no sería verdad -convino el pelirrojo Terry.

-¡Acaben de una vez! -dijo Deborah-. ¡No puedo soportar su presencia!

-Te hemos estado siguiendo durante unos días -le contestó Terry.

-¿Siguiéndome a mí?

-Sí, preciosa.

-¿Por qué me seguían?

-Tú eras una amiga de Mel Kramer...

-Suponga que lo era.

-No es una suposición. Es una seguridad. Queríamos saber lo que hacías.

El rubio Edmund intervino:

-Mi amigo Terry quiere decir que estábamos pendientes de ti, por si dabas un paso en falso.

-Y lo diste, preciosa -dijo Terry.

-¿A qué paso en falso se refiere?

-A tu visita al doctor Sullivan.

Deborah se estremeció.

-Es cierto. He ido a ver al doctor Sullivan.

-¿Por qué?

-Quería obtener una información.

-¿Qué clase de información?

-El doctor Glen Sullivan es un cirujano. Ha hecho operaciones importantes.

-¿Qué te dijo el doctor Sullivan?

-Hablamos sobre medicina. Y me temo que sería muy aburrido para ustedes si yo les repitiese lo que él me dijo.

-Dejaremos eso. Pasaremos al otro punto. Te has hecho cargo del cadáver de Mel Kramer.

-¿Tiene eso algo de particular? Era su amiga.

-¿Cómo cuánto de amiga?

-Oiga, no voy a contestar a esa pregunta.

-Tú vas a contestar a esa pregunta y a todas las que te hagamos. ¿Lo oyes, nena? Tienes una bonita cara. Mi amigo y yo te hemos encontrado linda desde el principio. Pero hasta la mujer más bella puede deteriorarse. Y a ti no te gustaría ir por la calle con una fea cara.

Deborah comprendió la clase de hombres que eran sus visitantes. ¿No le había dicho Glen Sullivan que tuvo que enfrentarse con dos como aquéllos en la oficina de Kramer? Ahora le había tocado el turno a ella.

El rubio Edmund dio unos pasos hacia Deborah y ésta retrocedió.

-¿Por qué huyes, preciosa? Sólo quiero pasar rato contigo.

El pelirrojo dijo:

-Olvida eso, Edmund.

-¿Por qué he de olvidarlo?

-Porque te lo digo yo, y porque hemos venido aquí a trabajar.

-Está bien. Como tú quieras.

El pelirrojo señaló a Deborah con el dedo.

-¿Lo ves, nena? Te he librado de que pases un mal rato. Pero tú tienes que colaborar. Empezaremos otra vez. Pero te haré un resumen para que esta vez no te equivoques. Eras amiga de Mel Kramer y por eso fuiste a hacerte cargo de su cadáver en la Morgue. Pero luego visitaste al doctor Sullivan. Y pasa algo, preciosa. El doctor Sullivan fue esta tarde a la oficina de Kramer, pero no dio su nombre. Dijo que se llamaba Hunter. Todo esto es un lío para nosotros y hemos venido al que tú lo aclares.

-No puedo aclarar nada.

-¿No puedes? ¿O no quieres?

-Oiga, yo no sé nada.

-Tú eres una periodista, preciosa. Y se supone que las periodistas sabéis mucho. Nosotros somos unos empleados modelos. Te lo aseguro. Nos dicen: «Romperle la cabeza a un fulano». Y el fulano se queda con la ¡cabeza rota. O también nos pueden decir: «Machacad el estómago de un tipo». Y ya puedes estar segura de que ese fulano no podrá comer en quince días. Así somos de eficientes Edmund y yo. Y tú también eres eficiente, monada. Tienes que serlo para ser periodista. ¿Tienes las cosas más claras ahora? Anda, preciosa, di- ¡nos por qué Sullivan se metió en este jaleo. ¿Por qué fue a la oficina de Kramer? ¿Por qué fuiste tú a la casa de Sullivan?

Deborah no respondió.

Los dos hombres tenían la mirada fija en ella. Y ambos al mismo tiempo se pusieron en marcha.

-¿Qué van a hacer conmigo? -se asustó Deborah.

Ninguno de los dos contestó, pero siguieron andando hacia la joven.

En aquel momento sonó el timbre de la puerta.

El pelirrojo y el rubio se detuvieron.

Deborah se apresuró a preguntar:

-¿Quién es?

-Sullivan, el doctor Glen Sullivan.

CAPITULO X

Deborah Foster se había quedado sin habla. Los dos hombres estaban mirando la puerta. El pelirrojo Terry dijo:

-Ahí tenemos al hombre que debíamos visitar, Edmund.

-Pues nos ha hecho ahorrar tiempo.

Deborah gritó:

-¡Váyase, doctor Sullivan!

-¿Qué le pasa, Deborah?

-¡Vayase y no pregunte!

Sonó otra vez el timbre.

-¡Abra, Deborah!

Terry sonrió.

-No te preocupes, linda.

Se dirigió hacia la puerta y abrió.

Glen entró en la estancia y se detuvo. Miró al pelirrojo y luego a Deborah.

-¿Quiénes son?

-Dos individuos como los que encontró en la oficina de Mel Kramer -respondió Deborah-. Me han seguido desde hace varios días. Saben que fui a verlo a usted Y también están al corriente de que no usó su nombre cuando fue a la oficina de Mel.

-Nos faltó agregar una cosa -sonrió el pelirrojo Terry-. Señor Sullivan, es usted un tipo muy rápido. Se libró de Budd y Dick. Y según Budd, lo hizo con una gran habilidad... Se supone que es usted un cirujano y no un tipo que se mete en asuntos que no son de su

competencia.

-¿Me deja hablar, rojizo?

-Adelante, doctor.

-Lárguense los dos.

-¿Es todo lo que se le ocurre, doctor?

-De momento.

Terry pegó un envión a la puerta y la cerró.

-Doctor -dijo después-, estábamos haciendo unas preguntas a Deborah relacionadas con la visita que le hizo. Pero todavía no nos contestó. ¿Quiere hacerlo usted en su lugar?

-No hay nada que decir.

-Ella lo puede pasar mal, doctor. Mi amigo Edmund quedó prendado de la chica. Y Edmund no es muy delicado cuando trata a una dama. Tiene sus defectillos, como todos. No, señor no las trata con demasiado cariño cuando ellas se resisten un poco.

-Basura.

-¿Qué fue lo que dijo, doctor?

-Sois basura.

-Edmund, ¿quién nos hablaba así?

-Mel Kramer.

-¿Lo oye, doctor? Mel Kramer nos llamaba basura. Tuvimos que enfrentarnos con él hace cosa de una semana. Fue una bonita pelea. Lo teníamos acorralado, pero se escapó con ayuda de una pistola. ¿Tiene usted una pistola, Sullivan?

-No.

-Entonces, no trate de imitar a Kramer. Usted no tiene pistola y no escaparía de nosotros.

Glen sonrió. Ellos no sabían que él era Kramer. Sí, lo era. Ahora de pronto recordaba los planos de la pelea. La de Mel Kramer con

aquellos dos fulanos. No fue en una cochera, sino en un garito. Mel Kramer había ido allí siguiendo una pista que encontró mientras investigaba la muerte de Judy Randall. Pero no pudo sacar nada en claro porque los dos hombres, cuyos nombres recordaba, Terry y Edmund, habían peleado duro. Y él, Kramer, ante el temor de que llegasen refuerzos, tuvo que huir sirviéndose de la pistola.

Otra vez era Kramer. Sí, de nuevo era aquel investigador privado. Cada vez se sentía más identificado con el muerto.

El rubio Edmund metió la mano bajo la axila. Pero Sullivan no le dejó que sacase la pistola." Se lanzó contra él y le pegó un tremendo puñetazo en el plexo solar.

Edmund se derrumbó soltando un gemido.

-¡Cuidado, Glen! -gritó Deborah.

Se refería a que el pelirrojo trataba de sacar la pistola.

Glen se arrojó de cabeza sobre Terry. Le pegó un testarazo en el estómago.

Los dos rodaron por el suelo, Terry logró sacar el arma, pero Glen lo atrapó por la muñeca. Siguieron rodando.

El rubio se levantó tambaleándose y ya tenía el arai! en la mano. Apuntó a Sullivan y apretó el gatillo.

No tuvo en cuenta que Sullivan estaba peleando con Terry. Los dos rivales cambiaron la posición y fue Terry quien recibió una bala en la nuca.

Glen se apoderó de la pistola que había pertenecido a Terry.

El rubio disparó otra vez y la bala mordió en la alfombra.

Glen, arrodillado en el suelo, hizo fuego.

El rubio recibió un impacto en el pecho y cayó.

Deborah estaba blanca como una muerta.

-Vístase, Deborah. Tenemos que marcharnos de aquí.

Ella hizo un gesto afirmativo y corrió a su dormí torio.

Regresó al cabo de cinco minutos. Se había puesto un suéter y una falda.

Glen la cogió del brazo y los dos salieron del apartamento.

Llegaron a la calle y entraron en el coche.

Cuando ya llevaban un rato corriendo, Glen dijo: -El asesino de Judy Randall es Harry Dixon. -¿Quién es Harry Dixon?

-No lo sé. Ni siquiera conozco su dirección. Por eso fui al despacho de Mel Kramer. En busca de una pista.

-¿Y la encontraste? -le tuteó Deborah.

-No.

-Vamos al periódico. En el archivo podremos encontrar lo que buscas.

Fueron al *Star*.

El archivo estaba a cargo de un hombre que Deborah presentó como Lou Morris. Tenía sesenta años.

Glen le estrechó la mano y de pronto recordó algo.

Al propio Lou y a él tomando un whisky en un bar. Pero no había visto a Lou en toda su vida. Por tanto, tenía que ser un recuerdo de Mel Kramer.

-Lou -dijo Deborah-. Venimos a que nos des información sobre un tal Harry Dixon.

Lou arrugó el ceño.

-No tengo nada.

-¿Por qué contestas tan pronto?

-Yo sé bien lo que hay en estos archivos.

-Lou, tú eras amigo de Mel Kramer...

-Lo era, desde luego.

-Mel ahora está muerto.

-Y sé por qué murió. Como mueren casi todos. No supo retirar a tiempo el pie del acelerador.

-Pero hubo un motivo para que Mel emprendiese aquel viaje. Iba en busca de un hombre. De ese Harry Dixon del que te he hablado.

-¿Qué tiene que ver el doctor Sullivan con todo esto?

-El doctor dice que Harry Dixon asesinó a Judy Randall.

-Lo siento. No puedo ayudaros.

-Lou, he traído aquí al doctor Sullivan porque ti sabes más cosas que nadie, incluso que la policía.

-Te voy a dar un consejo, Deborah. Olvida este asunto. Mel Kramer murió en un accidente. Tuvo mala suerte. Eso fue todo.

-¿Y si te dijese que Mel Kramer no murió?

-No te entiendo.

-¿Y si te dijese que el doctor Sullivan es una parte de Mel Kramer?

-¿Te encuentras bien, Deborah?

-Me encuentro perfectamente.

-Entonces has bebido.

-No, Lou...

Glen estaba haciendo un esfuerzo por recordar. í unas palabras vinieron a su mente.

-Lou -murmuró-, tú me dijiste quién era Harry Dixon.

-Lo siento, doctor Sullivan. Yo no he hablado nunca con usted.

-Claro que hablamos... No me interrumpas, Lou Harry Dixon es el Zar. Sí, eso es, el Zar del vicio y de la corrupción. Hubo una guerra civil. Tres hombres lucharon por ocupar el mando de la organización y e vencedor fue Harry Dixon.

-Lou estaba asombrado. Glen lo señaló.

-¿Recuerdas eso, Lou?

-Tengo una respuesta, doctor Sullivan. Usted habló con Mel Kramer antes de que él muriese. Y Mel le refirió la conversación que sostuvo conmigo.

-No, Lou, yo no vi a Mel Kramer ni una sola vez. Pero recuerdo la conversación porque es como si la hubiese sostenido contigo.

Deborah puso su mano en el brazo de Glen.

-¿Recuerdas algo más?

-No.

-Lou, tienes que decirnos el resto.

-¡No puedo, maldita sea! Yo fui el culpable de que Mel Kramer sufriese el accidente. Si no le hubiese dado la información, todavía estaría vivo.

-¿Qué información?

-La forma de encontrar a Dixon. Doctor Sullivan, le advertí a Mel Kramer que se estuviese quieto. Nadie puede luchar contra Harry Dixon. Y ya no diré una palabra más.

Glen cerró los ojos y entonces llegaron a su mente los recuerdos. Sus labios se movieron y murmuró:

-En un castillo... Circuitos de televisión... células fotoeléctricas... Armas programadas...

Abrió los ojos.

Lou estaba perplejo.

Deborah insistió.

-Lou, no podemos perder más tiempo. ¿Dónde está ese castillo?

-No quiero que vayáis a una muerte segura.

-Lou -dijo Glen-, te prometo que ella no vendrá conmigo.

-Usted tampoco podrá hacer nada.

-Deja que resuelva yo eso.

Lou titubeó.

-Power City -dijo.

-Gracias, Lou.

-Está loco si cree que podrá entrar allí, doctor. Un amigo mío trabajó para Harry Dixon. Estaba alcoholizado y me habló antes de que le llenasen el cuerpo de plomo. Creí que me llegaría el turno. Pero no debió citar ni nombre y eso fue lo que me salvó. Mi amigo me hizo una buena descripción de la fortaleza. Nadie tuvo nunca más medios que Harry Dixon para defenderse de los extraños. Y usted sería un extraño allí, doctor Sullivan. Harry Dixon se ha asegurado bien de que nadie pueda molestarle.

-Gracias por todo, Lou.

Glen salió de la oficina.

Lou cogió a Deborah por el brazo.

-¿Quieres a ese hombre, Deborah?

La joven se quedó sorprendida ante aquella pregunta.

-Creo que sí, Lou.

-Entonces, si no quieres perderlo, impide que vaya a Power City o no lo volverás a ver vivo.

Deborah echó a correr y alcanzó a Glen en el corredor.

Bajaron la escalera y Glen dijo:

-Aquí nos despedimos, Deborah.

-Iré contigo, Glen.

-Lo siento, Deborah, pero este juego es sólo para Mel Kramer.

-¿Para Mel Kramer o para Glen Sullivan?

-Para Mel Kramer -dijo Glen con decisión.

Besó a Deborah en la boca, y en seguida entró en el coche.

La joven quedó en la acera, viendo cómo el vehículo;se alejaba.

CAPITULO XI

Harry Dixon tenía cincuenta años y era alto y robusto. Su rostro parecía hecho con trozos de arcilla. ¡Estaba sentado en un sillón observando a las bonitas jóvenes que se bañaban en su piscina.

Una rubia platino braceaba.

Una pelirroja se había subido al trampolín. Tenía una figura prodigiosa. La pelirroja saltó zambulléndose en el agua. Su lugar en el trampolín fue ocupado por una morena con un cuerpo tan perfecto como el de la pelirroja. Y también ella se arrojó al agua.

La rubia platino salió de la piscina y sonrió a Dixon.

-¡Báñate con nosotras, Harry.

-Ahora no tengo ganas.

Ella se acercó a Dixon.

-¿A quién llevarás a Europa?

-A Helen.

La rubia platino miró a la pelirroja con furia y luego a Dixon.

-¿Por qué a ella?

-Yo soy el amo y hago lo que quiero.

-Puedes llevarnos a las tres.

-No, cariño. Es un viaje de negocios y uno tengo bastante.

Sonó un timbre en la mesa. Allí había, un teléfono provisto de televisor.

Harry Dixon descolgó el receptor y en la pantalla apareció su secretario, un hombre moreno.

-¿Qué hay, Jonathan?

-En la puerta del Norte tiene un visitante. Es doctor Glen Sullivan.

-¿Otra vez Sullivan? Creí que ese asunto ya estaba terminado.

-Ignoramos cómo ha podido llegar hasta aquí. Los muchachos tenían orden de acabar con él.

-Significa que se ha procedido con gran torpeza.

-Debo decirle que no hemos sabido por qué Glen Sullivan fue a la oficina de Mel Kramer. Dixon se quedó pensativo.

-Entonces, yo me informaré.

-¿Usted?

-Que entre el señor Sullivan y traedlo aquí. Ya sabéis lo que tenéis que hacer. Registradle. Y que le ¡acompañen dos muchachos.

-Sí, señor Dixon.

Harry colgó el auricular e instantáneamente se la pantalla.

-Pamela -dijo Harry *a* la rubia platino-. Sírveme un poco de whisky.

Ella le sirvió el whisky y dijo:

-Harry, tengo ganas de ver París contigo.

-Ya has visto París un montón de veces. Esta vez te quedas. Y ahora lárgate a la piscina. Voy a sostener una entrevista importante.

La rubia platino se marchó enfurruñada.

Harry observó las admirables piernas de Pamela. Sonrió. Era bueno aquello de tener las más hermosas mujeres. Quería tener lo mejor en todo. Y Pamela era la mejor rubia, Helen la mejor pelirroja y Doris la mejor morena.

Unos pasos interrumpieron sus pensamientos.

Volvió la cabeza y vio a los tres hombres que se acercaban..

Glen Sullivan era el del centro, y Kirk Cummings y Donald Hudson, sus vigilantes, lo flanqueaban.

El doctor Sullivan observó a la piscina, a las tres mujeres y finalmente a Harry Dixon.

Harry Dixon lo miró a la cara.

-¿Qué es lo que quiere, doctor Sullivan?

-Vengo por Judy Randall.

-¿Quién ha dicho?

-Judy Randall.

-No sé quién es Judy Randall.

-¿Está seguro, señor Dixon?

Harry arrugó el ceño.

-Doctor, conozco a las tres chicas que hay aquí. Una es Pamela, la otra Helen y la tercera Doris. ¿O es que alguna de ellas se ha llamado antes Judy Randall?

-No, señor Dixon -contestó Kirk-. Ninguna se llamó Judy antes.

Dixon sonrió a su visitante.

-De todas formas quiero que el doctor Sullivan haga una verificación -dio una palmada-. Eh, chicas, venid rápido.

-Las tres hermosas mujeres se acercaron. Cubríanse con trocitos de tela.

-Nenas -dijo Harry Dixon-, ¿alguna de vosotras es Judy Randall?

Sullivan sabía que ninguna de ellas podía ser Juera Randall, pero dejó que Dixon prosiguiese aquella farsa.

-No, querido -repuso Pamela-. Yo no soy Juera Randall.

-Yo tampoco -respondió la pelirroja Helen.

-Ni yo -dijo la morena Doris.

Dixon clavó sus ojos en los de Sullivan.

-¿Satisfecho, doctor?

Glen no pudo contestar. Una vez más por su mente; pasaban planos rápidos de la vida de Mel Kramer. Y ahora vio a Judy Randall con claridad. Ella estaba en bañador, igual que las jóvenes de la piscina de

Dixon, Y era hermosa y estaba llena de vida.

Tuvo que hacer un esfuerzo para contenerse. Sabía que, si se lanzaba sobre Dixon, sólo llegaría a tocarlo porque los dos guardaespaldas sacarían la pistola.

Tenía que proceder con astucia.

-Alguien me dijo que Judy Randall había sido vista, en esta casa, señor Dixon.

-¿Quién?

-Un investigador privado que ya murió, Mel Kramer. Verá, señor Dixon, Judy Randall apareció muerta... La asesinaron.

-¿Y qué interés tiene usted en este asunto, señor Sullivan?

-Judy era mi amiga.

-Me hago cargo, pero siento no poder ayudarle.

-Gracias por recibirme, señor Dixon.

-No hay de qué.

Sullivan no hizo el menor gesto para marcharse. Estaba observando el cuello de Dixon.

-¿Cómo se siente, señor Dixon?

-Muy bien.

-No es posible. Usted tiene un tumor en período de formación.

-¿Cómo ha dicho?

-Un tumor, señor Dixon.

-Doctor, me han dicho que vino aquí preguntando por Judy Randall y ya le respondí. Me temo que no le he dado opción para que me examine como médico.

-¿No sabe quién soy profesionalmente, señor Dixon?

-No estoy enterado.

-Entonces, yo le daré la información que le falta. Estoy considerado

como uno de los mejores médicos del mundo en mi especialidad.

-¿Y cuál es su especialidad?

-Cirugía del cerebro. ¿Le dicen algo esas palabras?

-Sí, desde luego. Y le felicito, señor Sullivan. Pero le repito que no he requerido sus servicios.

-Me voy ya, señor Dixon. Pero antes quiero decirle que, si yo no me equivoco y tiene ese tumor, no vivirá más de tres meses.

Sullivan dio media vuelta para marcharse.

-¡Espere, doctor Sullivan! -gritó Dixon.

Glen se volvió.

En el rostro de Harry Dixon había aparecido un gesto de preocupación.

-¿Qué es lo que le hace suponer que yo tengo un tumor, doctor?

-Yo le daré los síntomas que usted tiene, señor Dixon, y usted me los. confirmará o me los negará.

Dixon entornó los ojos.

-Adelante, doctor Sullivan. ¿Cuáles son mis síntomas?

-Después de las comidas siente un gran cansancio. ¿Cierto?

-Cierto.

-No puede hacer ejercicios violentos, y si los hace, se agota rápidamente. ¿Cierto?

-Cierto.

-Padece insomnio. Ha de recurrir a somníferos. ¿Cierto?

-Cierto.

-Le aconsejo que, cuanto antes, acuda a su médico. Y sobre todo a un especialista... Todavía puede curarse-, señor Dixon. Pero por cada hora que pase sin ponerse en tratamiento, acorta su vida... Si deja pasar un tiempo prudencial, puede no tener remedio. Hasta la vista.

Sullivan echó a andar.

Había tenido que hacer un gran esfuerzo para actuar como el doctor Sullivan, porque la parte del cerebro de Mel Kramer le invitaba a lanzarse sobre Dixon y estrangularlo con sus propias manos.

«-No, Mel, no se pueden hacer así las cosas. No tengo la menor probabilidad de ejecutar a ese tipo. Todo está a su favor. Sus hombres me vigilan... Esos guardaespaldas me hubiesen llenado de plomo si hubiese intentado algo contra su jefe.»

Y el cerebro de Kramer le contestó:

«-¿Qué esperas, Glen?»

«-Que el pez muerda el anzuelo.»

«-Entonces, ¿no es verdad lo del tumor?»

«-No, no lo es.»

«-¿Por qué le has dado esos síntomas?»

«-Son síntomas perfectamente identificables en un hombre que come y bebe demasiado. Lo único que le pasa a Harry Dixon es que sus excesos le han producido una capa de grasa que le rodea el corazón. Y la capa de grasa es la que le produce el cansancio, el agotamiento y el insomnio, porque impide un riesgo sanguíneo normal.»

«-De acuerdo, Glen. Tengo que felicitarte. Eres muy astuto. Pero, ¿y si Harry Dixon no muerde el anzuelo como tú dices? Ya estás llegando a la puerta y no te ha llamado.»

«-No espero que me llame ahora.»

«-Si te vas, quiere decir que Harry Dixon consultará con otros médicos, con los suyos, y ellos negarán la existencia del tumor.»

«-Lo negarán. Pero la duda quedará en la mente de Dixon. Me llamará más tarde.»

«-Creo que te vas a equivocar, muchacho. Si yo estuviese en tu lugar, me escondería entre los arbustos del jardín y esperaría una oportunidad para acercarme a Dixon y romperle el cráneo.»

«-No, Mel. Recuerda lo que dijo Lou. La fortaleza está defendida

por un circuito cerrado de televisión.»

Glen se detuvo y miró la casa. Había sido construida en el estilo de un castillo inglés del siglo XVI.

Observó unas flores que había a la derecha y, con naturalidad, se acercó a ellas. Cogió una flor y la olfateó.

Por entre las flores descubrió el objetivo de un toma vistas. Se apartó sonriendo.

«-¿Lo viste, Mel? ¿Viste cómo me están siguiendo? Si me hubiese escondido entre los arbustos, me hubieran atrapado en seguida.»

«-Tienes razón, Glen.»

En la puerta había dos hombres que observaron a Sullivan con interés.

Glen les hizo un saludo con la mano, pero los guardianes no le contestaron.

Montó en el coche y se dirigió hacia Santa Mónica.

* * *

Jack Burton estaba en el salón-biblioteca.

-¿Cómo te fue, Mel?

-No me puedo quejar.

-¿Ya cazaste al que mató a Judy Randall?

-No, pero lo cazaré.

-¿Todavía recuerdas algo como Glen Sullivan?

-Sí, Jack, recuerdo perfectamente todo lo de Glen Sullivan.

-Llegarás un momento en que sólo serás Mel Kramer. Y ya no podrás ni ejercer la medicina. ¿Te das cuenta?

-No pasará eso.

-Ocurrirá irremisiblemente tal como van las cosas. He pedido información sobre Mel Kramer. ¿Y sabes lo que era? Un carnicero, un hombre que mataba a sus semejantes sin piedad. Qué buen final para el famoso doctor Glen Sullivan, que antes hacía operaciones para salvar a sus semejantes, y ahora cambiará el bisturí por el cuchillo.

Glen pensó en Harry Dixon y dijo:

-Sí, Jack. Lo cambiaré, aunque sólo sea por una vez.

CAPITULO XII

Habían pasado varias horas.

Glen se impacientaba cada, vez más.

No, Harry Dixon no había llamado. Después de todo, había sido un ingenuo. Harry Dixon habría consultado con otros médicos que eran tan buenos como él. Y cualquiera de ellos le había podido establecer el diagnóstico correcto, taque Harry Dixon no padecía ningún tumor en el cerebro.

Se había librado de Jack Burton. No, no quería escucharlo. Estaba a solas en la biblioteca, con un vaso de whisky en la mano.

De pronto sonó el timbre del teléfono.

Pensó -en que pudiese ser Deborah Foster o el propio Jack.

Descolgó.

-Glen Sullivan.

-Doctor, Sullivan, soy Harry Dixon.

Estaba esperando la llamada, y ahora que tenía en la otra parte a Harry Dixon sintió que el corazón le golpeaba fuertemente contra las costillas.

-Buenas noches, señor Dixon.

-Su diagnóstico fue malo.

-¿Malo para usted?

-No me refería a eso, sino a que se equivocó.

-No, señor Dixon.

-¡Maldita sea, se equivocó! ¡He consultado con el doctor Russell! ¡Usted lo debe conocer!

-Es un charlatán.

-¿Un charlatán? El doctor Russell tiene la mejor clínica neurológica de Estados Unidos.

-No es la mejor. Diga más bien que es el especialista que ha montado con más lujo su clínica. Sé que sus clientes son millonarios. Y usted debe poseer una gran fortuna. Pero eso no quiere decir que el doctor Russell sea bueno.

-¿Por qué se va a equivocar él y no usted?

-Porque yo soy el mejor en mi especialidad. ¿Lo oye, señor Dixon? El mejor. Pero no tengo el menor interés en hacerle una demostración. Si el doctor Russell le ha dicho que su cerebro está sano, hágale caso a él y procure vivir sin preocupaciones. Buena suerte, señor Dixon.

-¡Espere!

-¿Qué quiere, señor Dixon?

Oía la respiración jadeante de Dixon desde la otra parte. Lo había logrado inquietar.

-Doctor Sullivan, yo tengo mi propia clínica.

-¿Dónde?

-Aquí, en Power City, el lugar donde me visitó. Quiero que venga para hacerme las pruebas que sean necesarias.

-No creo que me interese.

-¿Por qué no?

-Tengo mi trabajo.

-Le pagaré lo que diga.

-No se trata de dinero, sino de comodidad. Mi quirófano está bien dispuesto para recibir a cualquier enfermo, sea de la categoría que sea.

-Déjese de pamplinas, doctor Sullivan. Aquí encontrará todo lo que necesite. Y si falta algo, mis empleados se lo traerán desde el último confín del mundo y en un tiempo record. ¿Me oye? No tiene que preocuparse por ningún instrumento, por ninguna clase de medicina. Todo lo tendrá a mano.

-No sé si me conviene.

-Cincuenta mil dólares.

-¿Cuánto ha dicho?

-Cien mil.

-Oiga, señor Dixon.

-¡Ciento cincuenta mil!

-Está bien, señor Dixon. Iré a su casa mañana.

-¡Mañana no! ¡Ha de ser ahora!

Glen dejó correr unos segundos.

-De acuerdo, señor Dixon.

-Lo espero.

Oyó que Dixon colgaba y luego lo hizo él.

Glen se echó a reír y lo hizo tambaleándose, con el vaso de whisky en la mano.

«-¡Bravo, Glen. Lo has conseguido.»

«-Sí, Mel.»

«-Ahora te voy a pedir un favor, muchacho.»

«-¿De qué se trata?»

«-Cuando esté en la mesa de operaciones me lo vas a dejar a mí.»

«-No, Mel.»

«-Maldita sea, Glen. Yo seré quien maneje el cuchillo.»

«-No se llama cuchillo.»

«-Tú lo llamas bisturí y para mí será el cuchillo. Quiero rajarle el vientre. Quiero ver que se mueven sus tripas como gusanos. Quiero descuartizar a ese cerdo.»

«-No, Mel, tú no harás eso.»

«-Oye, muchacho, tú eres un doctor y le tendiste una trampa a Harry Dixon. Lo vas a tener en la mesa de operaciones. Esa será tu parte. Porque tú no vas a operarlo. El resto corresponde a Mel Kramer, investigador privado, al hombre que es jurado, juez y verdugo al mismo tiempo.»

«-Esta vez sólo serías verdugo.»

«-Ya fui el juez y el jurado y condené a Harry Dixon a muerte. Me tendrás que dejar a mí. ¿Me oyes? Harry Dixon necesita un verdugo. Y ese será Mel Kramer.»

«-Tú estás muerto.»

«-¡No!»

«-Moriste en la autopista.»

«-No morí. Tú me salvaste. Estoy dentro de ti, Glen. Los dos somos una sola persona. Contra más pronto lo reconozcas, mejor nos irá a los dos. Lo mataré, Glen. ¡Mataré a Harry Dixon en la mesa de operaciones!»

* * *

Harry Dixon salió a su encuentro y le estrechó la mano.

-Gracias por venir, doctor Sullivan.

-Usted se mostró muy persuasivo.

-Tengo que serlo, ya que se trata de mi vida.

Harry Dixon estaba muy serio.

-Quiero que empiece inmediatamente, doctor.

-No sé si estará usted preparado.

-No he comido nada. Y eso para mí es un verdadero tormento.

-No me refería a que hubiese comido o no, sino a una preparación psicológica para la operación.

-No se preocupe de la psicología, doctor Sullivan. Yo siempre estoy preparado. Soy superior al resto de los hombres que usted haya podido conocer.

-Quiero ver el quirófano.

-Su ayudante lo acompañará.

-¿Mi ayudante?

-El doctor Bancroff. También habrá dos enfermeras. ¿O había pensado operarme sin equipo?

-Se lo habría pedido.

-Ya le advertí que lo tendría todo.

-Está bien. Vamos.

A su llegada a la fortaleza, Glen había detenido su coche y de nuevo lo registraron para cerciorarse de que no llevaba ningún arma. Y luego los hombres que habían registrado su automóvil fueron con él hasta la casa.

Observó que, a cada instante, uno o dos objetivos de tomavistas lo vigilaban.

-Señor Dixon, me molesta que me espíen.

-Lo siento, pero no lo puedo evitar. Soy un hombre muy importante en el mundo. Tan importante como el presidente de nuestro país. Quizá más, porque él está cuatro, ocho o doce años en el poder. Y yo estaré en todo lo alto hasta que me muera. Por eso no quiero morirme.

-¿Qué clase de negocio es el suyo, señor Dixon?

-Digamos que soy el jefe de la firma de Importación y Exportación con mayor volumen de ventas en el mundo. Y no quiera saber nada más, señor Sullivan. No lo necesita. Pero dada mi posición he tenido que soportar varios atentados. Sí, señor Sullivan. Han querido borrarme del mapa, pero nunca lo consiguieron. Me cansé de convertirme en un muñeco del tiro al blanco. Por eso construí esta fortaleza, para apartarme de los posibles asesinos.

Sullivan oyó la voz de Mel Kramer.

«-Has oído eso, Glen? Este canalla se gastó mucho dinero, muchos millones de dólares en construir su fortaleza, muchacho. Y ya estamos tú y yo dentro de su refugio. Dixon no sabe que se tiene que enfrentar con dos hombres bajo una misma apariencia. Glen Sullivan ha empleado la astucia para meterse aquí dentro. Y ahora Mel Kramer se ocupará de hacer el resto.»

Seguían acompañados por dos tipos que vestían de oscuro. Y Glen sabía que- los dos manejaban pistola y que la sacarían en cuanto fuese necesario. Serían dos tipos sensacionales porque Harry Dixon sólo podía depositar su confianza en los mejores guardaespaldas.

Bajaron en el ascensor y llegaron al quirófano. Glen debió admitir en su fuero interno que estaba bien preparado. Nada tenía que envidiar al suyo, donde hacía los más atrevidos experimentos.

-¿Qué le parece, doctor Sullivan?

-Vale, señor Dixon.

-Ahora conocerá a su equipo.

Le presentó al doctor Bancroff y a las enfermeras Betty Harmon y Susan Forrest.

El doctor Bancroff era rubio, joven.

-Doctor Sullivan le he admirado mucho a usted.

-Gracias.

-Estoy al. corriente de algunos de sus trabajos. Y lo vi operar en Boston hace tres años. He informado al señor Dixon de mi opinión sobre usted.

Harry Dixon sacudió la cabeza.

-Sí, señor Sullivan. Fue lo que me decidió a llamarle. El doctor Bancroff ratificó que usted era una eminencia en su especialidad.

-Prepárese, señor Dixon. Vamos a operar.

El doctor Bancroff hizo un gesto de asombro.

-¿No va a hacer ninguna prueba previa?

-Haremos todas las pruebas en la mesa de operaciones. Quiero al paciente listo en quince minutos.

Glen fue acompañado por una enfermera hasta el. vestuario. Y allí a solas, empezó a cambiarse.

Oyó otra vez la voz de Kramer.

«-Muchacha, ahí tienes al Zar del vicio y de la corrupción. Él número uno. El mandamás de toda la gentuza que controla el negocio de la droga. El asesino de Judy Randall.»

«-¡Cállate, Mell ¡Estoy pensando!»

«-¿En qué?»

«-Voy a ser operado por el doctor Bancroff. Y me parece un buen profesional. Las cosas no van a ser tan fáciles.»

«- Déjate de estupideces, Glen. Yo soy quien lo va a matar. Mel Kramer, y no Glen Sullivan.»

«-El que lo va a operar es Glen Sullivan.»

«-Y el que lo va a matar Mel Kramer.»

Salió del vestuario.

Harry Dixon gastaba en la mesa de operaciones, rodeado por las dos enfermeras y el doctor Bancroff.

-Vamos a empezar, señor Dixon -dijo Sullivan.

-Espere un momento, doctor. Quiero que vea algo -hizo chasquear los dedos y se iluminó una pantalla.

Glen sintió que la sangre se le helaba en las venas. En aquella pantalla vio a Deborah Foster. La sujetaban dos hombres, uno de cada

brazo.

CAPITULO XIII

Harry Dixon soltó una risita.

-¿Sabe quién es ella, doctor?

-Decoran Foster -contestó Glen, porque pensó que era una tontería negar que la conociese-. ¿Dónde está, señor Dixon?

-En esta casa.

-¿Por qué?

-Nunca me he arriesgado, doctor Sullivan. Y no lo voy a hacer ahora cuando está en juego mi vida. Esos hombres tienen una orden. Si yo muero en la mesa de operaciones, ella también morirá. La liquidarán inmediatamente.

-¡No puede hacer eso!

-Yo soy el amo y puedo hacer lo que quiera... Pero le voy a decir otra cosa, señor Sullivan. No sólo morirá ella. Usted también morirá.

-Señor Dixon, desde el momento que usted ha consentido en someterse a la operación, hay un riesgo de que usted muera. Eso ocurre hasta en una apendicitis.

-Es posible. Pero yo no soy cualquiera, señor Sullivan. ¿Lo entiende? Soy Harry Dixon. Y si Harry Dixon muere, los causantes de su muerte tienen que pagarlo.

-¿Por qué eligieron a Deborah?

-Porque usted estaba en contacto con Deborah Foster desde que murió Mel Kramer. Y no me pregunte quién es Mel Kramer. Usted lo sabe bien. ¿Nos quitamos ya la máscara, señor Sullivan? Yo no tengo ningún tumor. Usted lo inventó.

Glen oyó la voz de Kramer.

«-Vamos, muchacho, ¿qué estás esperando? Soy yo el que debe

entrar en acción. Atrapa ese bisturí que tienes a la derecha y lánzate sobre Dixon.»

Glen vio a los dos guardaespaldas de Harry Dixon que le habían parecido tan eficientes. Los dos manejaban ya la pistola. Y ambas armas lo apuntaban a él, a Glen.

«-No, maldita sea, Kramer. Ya no podemos hacer nada. Ahí están los dos tipos con las pistolas, listos para llenarme de plomo. Los dos moriremos. Tú y yo. Mel Kramer y Glen Sullivan.»

Harry Dixon estaba sonriendo.

-Usted sabía demasiado, doctor Sullivan. Por eso lo traje.

-Es muy listo.

-Tengo que serlo para seguir ocupando mi puesto.

-Usted asesinó a Judy Randall.

-Fue una estúpida. La conocí en, una fiesta. Míe gustó. La invité un par de veces. El resultado fue que me enamoré de ella. Sí, puede reírse si quiere. El hombre que tiene a todas las mujeres que desea, se enamoró. Y fui a elegir a una distinta a las demás. A una chiquilla que presumía de honesta.

-Era honesta.

Glen se dio cuenta de que por su boca estaba hablando Mel Kramer.

-¿Qué sabe usted de ella, doctor?

-Todo lo que hay que saber.

-No puedo creer que usted la conociese. Usted nunca vio a Judy Randall.

-La vi. Hablé con ella. Comí con ella. La amé.

-¡Está mintiendo!

-Quise a Judy y ella me quiso a mí. Por eso Judy no lo podía amar a usted.

Dixon desorbitó los ojos.

-¿Usted, doctor? ¿Usted impidió que Judy me correspondiese?

-Sí.

-Entonces lo va a pagar.

-Me lo iba a hacer pagar de todas formas.

-Pero hubiese ordenado su muerte fulminante. Ahora, no. Ahora va a saber quién es Harry Dixon.

-¿Qué hará, señor Dixon? ¿Me colgará de los pulgares? ¿Me va a despellejar vivo? Diga, puerco... Me odia porque Judy Randall me prefirió a mí. Ella me contó lo que sintió cuando usted trató de besarla. Usted le pareció un pulpo, un asqueroso sapo...

Harry Dixon no pudo contenerse más. Se arrojó sobre Glen.

Era la oportunidad que Glen estaba esperando.

Golpeó a Dixon en la mandíbula y lo mandó hacia los matones. Luego él corrió y se abalanzó sobre uno de los guardaespaldas. Lo atrapó por el brazo y se lo llevó consigo rodando por el suelo.

Harry Dixon estaba chillando.

-¡Mátalo, Kirk!

Pero Kirk no podía disparar porque Glen se servía del otro fulano como escudo. Y ahora logró apoderarse de la pistola y fue él quien apretó el gatillo tres veces.

El llamado Kirk fue empujado por las balas hasta estrellarse contra la pared.

Glen lanzó una carcajada y comprendió que era otra vez Mel Kramer y reía por su boca.

Harry Dixon, al ver lo que había pasado con sus matones, que uno estaba desarmado y el otro muerto, echó a correr para escapar del quirófano.

-¡Alto, Dixon!

Harry se detuvo y se volvió. En su rostro tenía pequeñas gotas de sudor.

Glen se levantó apuntándole con la pistola.

El doctor Bancroff y las enfermeras se habían apartado. Estaban al otro lado de la mesa de operaciones.

Dixon alargó las manos en un gesto implorante.

-No me mate, doctor Sullivan.

-No soy el doctor Sullivan.

-Usted es Glen Sullivan -tartamudeó Dixon.

-No, Dixon. Ese no es mi nombre. Yo soy Mel Kramer.

Dixon arrugó el ceño.

-=¿Qué está diciendo, doctor? Mel Kramer murió.

-Se equivoca. Mel Kramer no murió. Soy yo.

-Doctor, ¿qué le pasa? ¿No se encuentra bien?

-Me encuentro todo lo bien que puede encontrarse un resucitado.

-¿Un qué?

-Un resucitado.

-Usted desvaría. Es usted el que está enfermo, doctor Sullivan.

-Lo voy a matar, Dixon.

-¡No, no me mate!

-Sólo se puede salvar de una forma.

-¿Dinero? Pida lo que quiera..

-No, no quiero dinero. Quiero a Deborah Foster. Dé orden para que la traigan aquí.

Dixon miró la pantalla, donde se seguía viendo a Deborah y a sus dos vigilantes.

-¿Habéis oído? ¡Traed a la chica! ¡Rápido, muchachos!

La pantalla se apagó.

Harry Dixon estaba sudando más que antes.

-Sullivan.

-No soy Sullivan, sino Mel Kramer.

-Está bien. Le llamaré como usted quiera. Kramer, escúcheme. Mis hombres le hicieron una propuesta para que formase parte de mi organización. La oferta sigue en pie.

-Oferta rechazada, basura.

-No sabe lo que va a ganar conmigo.

-NO me importa su dinero. Es dinero sucio. Lo saca de un estercolero.

-Yo no tengo la culpa de que la gente use drogas... La necesitan y yo se la proporciono.

-Crea viciosos... Hay muchas personas que, si no tomasen por primera vez la droga, jamás caerían en ese pozo de miseria. Pero usted da una orden. Hay que crear viciosos en el mundo, gente que necesite la droga para huir de sus problemas o para matar su aburrimiento. Hay millones de personas que podrían vivir con decencia. Pero sus hombres los lanzaron a esa horrible vida en que es necesaria la droga para seguir subsistiendo.

Era Mel Kramer quien hablaba. No, él no podía saber nada de Harry Dixon. Pero Mel Kramer lo sabía.

Y Glen se hizo una pregunta. Suponiendo que saliese con vida de aquel trance, ¿iba a ser siempre Glen Sullivan y Mel Kramer a la vez?

Era su culpa, después de todo. No quiso morir. La mitad de su cerebro estaba enfermo porque un tumor se había apoderado de él. Y no se conformó con morir y por ello decidió que Jack Burton le sustituyese la mitad de su cerebro por otra mitad que estuviese sana.

Y el destino determinó que el medio cerebro sano perteneciese a un investigador privado, a un hombre, Mel Kramer, que corría en su automóvil hacia Power City a ajustar las cuentas con un asesino, con el Zar del vicio.

Se abrió la puerta y entró Deborah Foster. Pero luego entraron también los dos guardaespaldas con las armas en la mano.

Glen apretó el gatillo una y otra vez.

Los dos fulanos saltaron en el aire y siguieron volando atrapados por las balas.

Harry Dixon quiso escapar.

Glen siguió disparando.

Harry Dixon fue alcanzado por dos balas en la espalda. Chocó contra la pared y se volvió.

-Kramer.

-¡Sí, soy Kramer! -gritó Glen mientras su pistola seguía mandando balas.

La cara de Harry Dixon se convirtió en un despojo, porque las balas le estaban destrozando la nariz, la boca...

Deborah lanzó un prolongado chillido.

Glen la cogió del brazo.

-¡Vámonos de aquí!

Apenas salieron del quirófano se tuvo que enfrentar con tres hombres que estaban al final del corredor.

Glen los. tumbó sin pestañear.

Sí, era Mel Kramer, el investigador privado, el verdugo, el hombre que había desafiado muchas veces a la muerte.

En el vestíbulo mató a otros dos empleados de Dixon.

Abrió la puerta y salieron de la casa. Corrían por el jardín cuando una ametralladora tableteó.

-¡Al suelo, Deborah!

Se arrojaron hacia los arbustos del jardín buscando un refugio.

Las ametralladoras siguieron mandando sus balas, que se enterraban en el suelo, muy cerca de ellos.

-Nos tienen atrapados, Deborah. Las ametralladoras están

programadas y nos tienen en su punto de mira gracias a la pantalla de televisión.

En aquel momento se oyeron las sirenas de la policía.

Un coche entró por el portón haciendo saltar la verja y se oyó una voz a través de un micrófono.

-¡Soy el teniente Bruce! ¡Alto el fuego!

Las ametralladoras se silenciaron.

El auto de la policía se detuvo con chirridos de neumáticos. El teniente Bruce, el sargento Wilson y otros dos policías saltaron del coche.

Sullivan y Deborah se pusieron en pie.

El teniente Bruce fue al encuentro de ellos.

-Gracias por haber venido, teniente -dijo Deborah.

-Al principio no quise creer lo que me estaba contando. Pero luego empecé a pensar en mi conversación con el doctor Sullivan ante la tumba de Judy Randall, y pensé que quizá fuese verdad -fijó los ojos en Glen-. ¿Quién es usted?

-Mel Kramer.

-Un momento. No me líe, doctor. Yo conocía bien a Mel Kramer. Usted no tiene la cara de Mel Kramer.

-Tengo lo más importante de Mel Kramer. Su cerebro. Y se ha adueñado de mí... Juré que Harry Dixon lo pagaría. Y ya lo ha pagado... ¿Vamos, Deborah?

Echaron a andar mientras el teniente los miraba boquiabierto.

Glen y Deborah salieron de la fortaleza. Se detuvieron y Glen preguntó:

-Deborah, ¿quieres ser mi mujer?

-¿Y quién va a ser mi marido?

-Glen Sullivan.

-Pero tú le has dicho al teniente que...

-Al teniente le he dicho lo que me convenía. Ha ocurrido algo maravilloso. Cuando Harry Dixon murió, todos los recuerdos de Mel Kramer se esfumaron. Estuve oyendo su voz y de pronto se silenció. Y comprendí por qué. Mel Kramer había amasado odio contra ese hombre. Y el odio lo tenía en su cabeza. Todavía nos falta saber mucho sobre el cerebro de cada hombre, sobre su capacidad para el bien o para el mal, para amar o para odiar. Y ahora yo sé algo más que no aprendí en los libros ni en el quirófano. En mí ha dejado de existir Mel Kramer. Ya no habrá más diálogos entre él. y yo. Sólo voy a ser Glen Sullivan y, como Glen Sullivan, continuaré mi obra en favor de la Humanidad. ¿Quieres ayudarme, Deborah?

-Para siempre, Glen -le sonrió la joven.

Los dos se abrazaron y unieron sus labios en un apasionado beso.

FIN